

*El funeral
de las
Cadenas*

LA MISMA SANGRE

Adhemar. M. Antúnez



EL FUNERAL DE LAS CADENAS

LA MISMA SANGRE

ADHEMAR. M. ANTÚNEZ

Título – El funeral de las Cadenas

Trilogía

Primer Libro – La misma sangre

Obra – Novela Juvenil Contemporánea

Autor – Adhemar. M. Antúnez

Facebook – Adhemar1969escritor

Año 2017

Derechos Reservados

Capítulo - 1

El mundo tiene tantas historias como días girando, sin embargo, todas ellas intentan ser en su complejidad, diferentes a la mía. Y aunque muchas veces las historias contadas son ficticias, no logran conquistar al lector, no lo atraen y lo empujan a sentirse identificado, incluso, no lo hacen encontrar sentido a las palabras que lee.

Yo sé que mi poesía es ambigua, y sé bien que le falta protagonismo, aunque pueda escucharla en mi mente a la hora de crearla, no es buena, la realidad es otra, no logro plasmar lo que en definitiva quiero escribir. Por eso, estoy pensando en dedicarle algo de tiempo a los relatos, a los cuentos, dejar en pausa por un tiempo los versos libres de mis sonetos. Pero no tengo idea, ¿por dónde comenzar?

Es verdad que la inspiración suele nacer en cualquier momento, en un instante fugaz, que una idea es capaz de florecer, ahí, donde menos se espera.

Estoy un poco perdida, me faltan pensamientos y no logro concentrarme, la primera oración que me indique que voy por buen camino, no se hace presente. No siento las letras que escribo, las vocales y consonantes van y vienen, pero no se llevan, no tiene sentido seguir. Mejor dejo por hoy, no seguiré forzando mi cabeza, cuando menos lo piense, una idea vendrá a salvarme.

Hoy es viernes, y ya sé que me espera en la facu. Lo más seguro es, que el profesor de literatura saldrá con una de sus ideas de misterio. Temo que la tarea de esta semana sea todo un reto, o un pensamiento distorsionado, porque en realidad nunca se sabe que pasa por la cabeza de ese loco de las letras. Mientras no sea ir a recorrer las ferias y buscar un libro que perdió hace treinta años, y que jamás pudo encontrar. ¡Pobre profesor!, sigue atormentado por el no hallazgo de lo que él cree, es una obra insuperable de la literatura.

He llegado a pensar, que ese libro tan extraordinario solo está escrito en su pobre mente.

Bueno, este día será toda una prueba a la hora de satisfacer su sueño, pero yo lo entiendo, porque nunca hay que perder lo que aún no se alcanza, y con las mismas ganas, jamás hay que dejar de soñar.

Ya se me hace tarde, para colmo los viernes tengo que pasar a levantar todas las fotocopias y llevarlas a la clase. Las de esta semana, son todas referidas a Benedetti.

La verdad es una sola, y es que me queda un poco bastante a tras mano ir por ellas, igual nadie me escucha cuando sugiero, que alguien más tendría que hacer estas tareas. Para mí es toda una historia caminar doce cuadras hasta el ciber, para luego tener que tomarme dos ómnibus y llegar a tiempo a clases. ¡No lo puedo creer!, me olvidé del celular arriba de la cama, lo dicho, esto de salir antes para llevar el material y cumplir con todos, me está haciendo crecer una bolsa repleta de olvidos en la cabeza. Comencé a dejar de lado otras necesidades, por culpa de ser tan eficiente.

No tengo manera cómo avisarle a Cecilia, que hoy no puedo pasar a buscarla.

Por tener que revisar de arriba abajo en mi bolso en busca de monedas, ya perdí el (144) Espero que ella entienda mi retraso, y que no me espere, pero bueno, no puedo hacer nada al respecto.

¡Es seguro!, hoy llego tarde a clases. Recién tomé el primer ómnibus, y lo de siempre, lleno hasta el motor. No hay lugar ni en el descanso para sentarse, donde es preferible no ir, ya que el olor a transpiración escondido entre perfumes, es intolerable.

¿Cómo extraño el teléfono?, por lo menos con él, el viaje se hace más corto. Hoy no podré adelantar algunas pantallas en el Candy Crush.

Parece de otra realidad, las conversaciones mezcladas con los ringtones hacen del ómnibus un teatro ambulante, donde todos interpretan un papel protagónico.

¡Permiso, permiso!, guarda, la parada que viene por favor. Si me apuro logro tomar el otro ómnibus. El (103) está recostado sobre el cordón, parece que está pinchado. Por suerte no, es solo la gente que se amontona igual que hormigas en la puerta para subir.

Por fin estoy arriba, a lo sumo llegaré quince minutos tarde, siempre y cuando no encuentre a Juan, el vagabundo que pernocta en las escaleras de la facu.

Hoy no traje nada para ofrecerle, ni siquiera tengo diez pesos para que se compre un alfajor. Todos los días le traigo algo de casa, pero hoy espero no verlo, no quiero sentirme mal por no ayudarlo. Sé bien, que no es mi culpa que se encuentre en la calle, pero tampoco es de él. Unas cuantas veces mantuvimos

pequeñas charlas, y por su forma de hablar y por lo que me ha contado de su vida, soy testigo que no eligió estar donde hoy está.

¡Permiso Profesor!, perdón por llegar tarde, es que perdí el ómnibus y aunque no es excusa, es la verdad. Acá están todas las fotocopias, y además tengo que decirle que hoy no tendrá que pedirme que pague el celular, porque no lo traje.

_¿Qué te pasó Rosana?

_Me olvidé el celular en casa, por eso no pude avisarte Cecilia.

_¿Por qué no le decís al Profesor, que elija a otro para las fotocopias?

_¡Ya se lo pedí, y más de una vez!

_¿Y qué te contestó?

_Que aparte de mí, ninguno en la clase incluida vos, lo quiere hacer.

_Tenés razón, pero en algún momento tendrá que buscar a alguien más.

_¡Sí!, que lo haga pronto, porque yo ya estoy cansada de ser la de los mandados.

Luego de una hora y media interminable, donde diversos autores y sus obras fueron expuestos ante nuestros oídos, ya casi tocaba el timbre y sucedió lo temido. El Profesor comenzó a repartir las tareas para el día viernes, que fuera de horario desembocaban en el fin de semana, la famosa búsqueda de su tesoro. Esta vez hubo cambios, la desesperación de encontrar su ansiado grial literario, lo llevó a formar parejas mixtas de estudiantes para investigar en distintos lugares; donde él cree, que puede estar el dichoso libro.

Hace una semana al comenzar el semestre, llegó a nuestra clase un joven proveniente del interior del País. Si no me equivoco, creo que su origen es la Ciudad de Carmelo.

No ha hecho demasiada amistad con los otros jóvenes, y a nosotras, apenas nos dirige la mirada. Es un chico algo extraño, tiene un acento que no parece ser de acá. Siempre usa un pantalón de vestir gris pinzado, tirando a una olvidada década de los ochenta. Su camisa rebosa pulcritud, al igual que sus mocasines. Usa el pelo corto, demasiado para mi gusto, pero ese es otro tema.

Cuando el Profesor designó los grupos, no tuvo mejor idea que la de hacerme compartir la búsqueda con el nuevo.

Ya se habían marchado todos de la clase, pero yo me quedé para intentar cambiar su decisión. No era mi intención compartir nada con ese joven, pero no tuve suerte, no quiso escucharme, solo me confesó que nadie más quería formar pareja con él; y como yo era la única que hacía cosas por lo demás, salí sorteada. Intentó endulzar mi ego, diciendo que era por mi forma de ser, y por un montón de cosas más.

Aunque protesté y me defendí con argumentos y con ganas de renunciar a seguir estudiando esta materia, igual no me alcanzó. En fin, no me quedó otra que soportarlo.

Nuestra tarea era ir a la calle Tristán Narvaja, a una vieja casona donde según el Profesor, en su sótano aún existen cientos de libros que hace años no ven la luz.

Tal vez, con suerte se halla ahí su libro, y de una vez por todas termina con esta loca idea suya de encontrar tesoros.

Al salir de la clase Martín, el chico nuevo, me esperaba afuera cerca de la puerta, donde estoy segura que escuchó mis reclamos a formar dúo con él. Recostado contra la pared me miró haciéndose el desentendido, y con unas pocas palabras me murmuró, no es mi intención generar problemas.

_Hola Rosana, verdad.

_¡Sí!, ese es mi nombre.

_Mi nombre es Martín, soy de la Ciudad de Carmelo.

_Ya lo sé ¿Dónde querés que nos encontremos?

_¿No lo sé?, dime tú que eres de la Capital.

_Bueno, el domingo acá mismo en las escaleras, chau.

_Está bien, fue un placer conocerte.

_¡Solo para vos!

Todo el viaje rumbo a casa, fui maldiciendo en los únicos dos idiomas que conozco. ¿Por qué me tuvo que elegir a mí? Why I had touch me?

Justo el domingo, que es el día que tenía pensado ir hasta la casa de mi padre en Pajas Blancas. Cuando llegue a casa, lo primero que voy a hacer será llamarlo para decirle que no puedo ir, que no me espere con los raviolos con tuco. ¡Qué desperdicio!

¡Qué rompe bolas que es el Profesor!, siempre busca la forma de joderme, creo que no es consciente, no se da cuenta que yo tengo otros proyectos, distintas metas que siguen sin cumplir en mi vida.

Nueve y cuarto y este pelotudo no vino, tampoco me avisó, y eso que le dije a las nueve. Si no llega en cinco minutos me voy, y después que se las arregle como pueda con el Profesor el lunes.

Le voy a mandar un mensaje de texto a Papá para ver si ya se levantó, porque si Martín, no viene, me tomo el ómnibus y me voy a pasar el día con él.

Es difícil vivir en dos casas, cuando tus padres se separan y deciden formar nuevos hogares, el problema es, que yo estoy en el medio escuchando dos verdades.

No lo espero más, ni bien vea el (L16) con destino a Pajas Blancas me subo. Creo que ahí atrás viene el que me sirve.

_Rosana, ¡espera!

_¡No puede ser, llegó Martín!, ahora me va a escuchar.

_Hola Rosana, perdón por la hora.

_A las nueve te dije, no a las nueve y veinte, ¿no tenés reloj?

_Te pido que me disculpes, se me complicó en la pensión, el baño era un desastre.

_No me cuentes nada, la verdad no me importa.

_¡Tienes razón!, no es tu problema.

_La próxima vez, si es que la hay, no me falles o me vas a conocer.

_¡Voy a hacer lo posible Mamá!, perdón, era una broma.

Vamos dale, el Profesor me dijo el viernes que la dueña de la casa nos estaría esperando a las nueve y cuarto, ¡no a las nueve y media!

Te parece que podemos apurar el paso, ya vamos tarde. Dale Martín, caminá más rápido, faltan como cinco cuadras para llegar. Todavía que llegás tarde, encima, sos más lento que el tren de AFE.

Buenos días señora, le pido perdón por llegar tarde, y es que se nos complicó a la hora de buscar la dirección.

El Profesor me llamó ayer y me dijo que no había problema, que ya estaba todo arreglado con usted, incluso me comentó, que si nos tomaba más tiempo del esperado revisar todos los libros, estaba bien. Espero que no sea una complicación para usted.

_No hay problema nena, el sábado hablé con el Profesor y nos pusimos de acuerdo.

_¿Entonces no tiene inconveniente que nos quedemos un rato más?

_¡No mijita!, tómense el tiempo que precisen.

_Bueno, gracias.

_Lo único que quiero pedirles, es que tiren todo lo que no sirve.

_¡Quédese tranquila!, haremos todo lo necesario para terminar lo antes posible.

_Está bien pasen. Tengan cuidado al bajar, el sótano es como yo, muy viejo.

_Agradecemos su consejo, tendremos cuidado.

Tenía razón la señora Martín, los escalones están todos apolillados. Tené cuidado donde pisás, ¡no te vayas a caer y quebrarte una uña!

_Me encanta tu sarcasmo, eres muy graciosa.

_¡Viste!, podés alcanzarme la linterna, así bajo primero.

_¿No quieres que baje yo adelante?

- _Está bien, no te compliques, “hombres”
- _No es mi intención, la de insultarte.
- _¡Entonces no lo hagas!
- _¿Por qué tú no le dijiste a la señora, que fue por mi culpa que llegamos tarde?
- _No es mi estilo exponer a la gente, además, también fue mi culpa.
- _¿Por qué lo dices?
- _Porque yo podría haber venido sola, y a tiempo.
- _¡Tienes razón!, no lo había pensado de esa manera.

Ya estamos acá, dejemos las quejas y los lamentos para la iglesia. Ahora es mejor aprovechar el tiempo y buscar el libro del Profesor.

La pista que me dio como referencia para hallarlo, y que será nuestro punto de partida es, que tiene tapa dura, cerca de trecientas hojas, y fue escrito alrededor del año (1700)

También me dijo, que busquemos autores que sean extranjeros, pues él considera que nuestra literatura nacional, aún no alcanza la perfección, y mucho menos la considera perfecta, y es su pensamiento, porque yo no lo comparto.

Martín, vos buscá en ese estante, mientras yo reviso uno por uno las tres filas que están contra aquella pared, después rotamos el lugar de nuestra búsqueda. De esta manera, los dos vamos a llevarnos la misma cantidad de tierra.

Capítulo - 2

_Tu celular está sonando Rosana.

_¡Ah sí!, gracias, lo puse en el bolsillo y la verdad ahí no lo escucho.

¡Hola Mamá! No, no estoy en la casa de Papá, hoy no fui, estoy en Montevideo cerca de la facu. Ya sé que vos no regresás hasta la noche, no te hagas problema yo como algo por ahí. Si Mamá, cuando termine lo que estoy haciendo voy para casa, quedáte tranquila, chau.

_¿Todo está bien Rosana?

_¡Sí!, ¿por qué?

_Por nada, solo era una pregunta. Mejor sigo buscando en mi lado.

_Me parece bien, yo también voy a seguir con lo que estaba.

Todos estos libros están en ruinas, las letras son ilegibles, y la humedad y los hongos se pelean para ver quién come más hojas. No creo que encontremos nada que sirva en este lugar, parece que todos irán a parar a la volqueta que está en la esquina.

¡Qué lástima! En esta fila hay tres, cuatro libros que leí y que fueron importantes en mi vida, al punto que, volví a leerlos varias veces. El Principito, La Metamorfosis, Rayuela y Cien Años de Soledad.

Es triste pensar que un libro que es capaz de contar una historia y hacernos viajar, y que su autor estuvo meses, incluso años escribiéndolo, termine de esta manera.

Pasa lo mismo cuando voy a la feria, y los veo tirados en el suelo con sus hojas dobladas, exhibiendo sus secretos ante la indiferencia de quien pasa y ni siquiera los mira. Tristeza, es lo que siento al saber que su valor muchas veces, no supera los veinte pesos. No lo entiendo, si llegaron a ser publicados, es seguro que valían la pena. Sigo sin entender algunas formas de pensar, ciertas facetas que tiene la gente de ver la literatura.

Por la forma en que revisa los libros Martín, es notorio, a él también le choca verlos así.

Sin mirarlo muy fijamente, noto por su expresión que se siente mal al revisarlos.

¡No parece tan feo, mirándolo desde este lugar!

¡Rosana!, no le des rienda suelta a tus pensamientos, te van a meter en problemas. Mejor sigo en lo mío, quedan horas para seguir buscando entre millones de letras.

Pero, ¿qué es esto?

¿Qué hace una caja de madera, entre tantos libros?

Tiene algo adentro, pero no parece un libro, por lo tanto no es el del Profesor. ¡Parece antiguo! Lo que parece ser la tapa, se asemeja a un cartón desgastado. Las hojas son viejas, verdes y ásperas, el papel parece más a una hoja seca de un árbol, y además tiene pequeños filamentos que la recorren de un lado a otro, como venas que parecen darle vida. Tiene manchas hechas por el sudor y la tinta de la persona que las escribió, que se remonta a no sé qué año.

¡Me mata la curiosidad! Tengo que seguir, me intriga la idea de no saber qué descubriré al dar vuelta la página. ¡Yo lo voy a abrir, quiero leer lo que dice!

La fecha es de hace más de ciento cincuenta años (1845), para ser exacta, y es lo primero que aparece sobre una esquina, y luego sigue así:

Mi nombre es Richard, Conter. Soy un simple pensador, y lo que escribiré a continuación, es toda la historia que me han contado. Aunque todo sucedió hace más de cien años, lo que sigue, es una recopilación de acontecimientos y sucesos, que hicieron cambiar la mentalidad de la gente donde todo esto sucedió.

Aun no entiendo, de qué manera se puede comparar la vida y ser justo al mismo tiempo. Quién es tan sabio para ser llamado dueño de la razón, o quizá dueño de una verdad absoluta, y sin ser egoísta, saber cuál es la mejor forma de vivir en el mundo.

Tal vez, lo que voy a contar nunca pasó, tal vez sí, puede que sea una historia falsa, o no tan verdadera. Lo cierto, es que no quiero pensar, no puedo imaginar todo lo que sufrieron las personas en esta historia. Todo ese pesar, muchas veces me ha mantenido despierto por las noches. Es que no logro comprender la injusticia, es un sentimiento que aun no entiendo, y no concibo que el ser humano pueda ser tan indiferente ante el dolor, ser vil, y al mismo tiempo vivir con el corazón envuelto en las sombras.

Pero no me toca a mí, juzgar qué está bien y qué está mal, eso lo dejo al libre pensamiento de quien sea capaz de caminar por estas palabras, donde sus sentimientos serán puestos a prueba. Estoy más que seguro, que sentirán ganas de reír, llorar y sobre todo, se sentirán parte en la vida de hombres y mujeres que llenos de dolor y alegría, se abrirán ante sus sentidos.

Serán testigos de la belleza y el poder, pero también verán y sentirán la opresión, y a la vergüenza, a ella la verán pasar abriendo el camino y abriendo las mentes.

A quien lea esta historia, le prometo que lo llevaré por un montón de colores y sonidos, por un montón de sueños logrados y no tanto, pero también le digo, que el amor se hará presente en todas sus formas.

Adelante, la puerta está abierta, nos encontramos en el final.

El año no lo recuerdo bien, lo que sí es verdad, es que se pisaba en un nuevo siglo y con diferentes ojos se miraba el futuro.

En un pedazo de tierra, en un lugar en el mundo, allí se encontraba una pequeña granja. Separada apenas por unos cuantos kilómetros, unas pocas montañas y un par de arroyos, se mantenía a distancia de la humanidad. En ella no había mucho, solo una diminuta cabaña con una sola ventana, que lejos de mantenerse derecha, se alzaba triste y solitaria rodeada de pinos y cedros.

En sus límites, una pareja trabaja la tierra, donde el arado de oxidado acero camina desde la mañana hasta la noche, cortando sin cansancio el camino a su paso.

Un hombre fornido con piel reseca y ropa maltrecha, empuja sin miedo el pesado esqueleto de hierros, mientras va dejando detrás del viejo caballo, retazos de una espalda desgarrada por el sol.

Aunque son pobres, se sienten ricos, porque tienen su tierra, la que se entrega para ser sustento en sus vidas. No necesitan mucho más para ser felices, quizás, un brote de niñez que corra entre ellos.

Pero no fue fácil conseguir su pedazo de tierra. Frank, y Elizabeth, son conscientes de lo que tuvieron que enfrentar para estar en el lugar donde hoy están. Las limitaciones que sufrieron los dejaron con casi nada, salvo alguna ropa en sus cuerpos, y unos cuantos sueños.

Sin quererlo, hasta sus vidas estuvieron en juego para conseguir su tierra, un espacio donde ver crecer sus raíces.

Por un momento parecía que la vida les sonreía, cosechaban su alimento, estaban juntos en el amor, solo les faltaba un hijo para tenerlo todo.

No muy lejos de su granja, una familia de hombres y mujeres negros vivían lejos de la indiferencia. Los mayores, años atrás habían sido esclavos, sin embargo, en algún momento de su juventud lograron ganar su libertad.

Loén, así se llamaba la negra de más edad, la que marchaba de un lado a otro con su pequeño hijo Moté, prendido a su pollera. Sus pies descalzos como tierra, iban sin temor quebrando el camino. Sus talones rígidos y duros como piedra, ya no conocen el dolor, y los surcos en ellos, ahora son cicatrices viejas que guían sus pasos.

Las ideologías de igualdad eran un sacrilegio, permanecían dormidas, no se

juntaban negros y blancos. Una mente limitada y muy reducida, hacía pensar al hombre blanco que los negros eran menos que ellos, no merecedores de sus mismas libertades.

Frank, también pensaba igual, y por eso siempre le repetía a Elizabeth, no quiero que hables con esa gente que vive cerca del arroyo, te hablo de los negros. Y aunque ella lo reconfortaba diciéndole que jamás lo haría, por dentro pensaba que estaba mal pensar así.

A solas, para consigo hablaba y se cuestionaba. Dios de seguro los creó con un fin, por alguna razón los puso en la tierra, yo no los veo, no los siento diferentes a mí.

Esa era la forma de pensar del hombre blanco, mientras los colores vivían separados, de apoco el tiempo se iba, y los inviernos se marchaban uno tras otro convirtiéndose en primavera. Pero aquellos pequeños pasos tan anhelados, no llegaban. De alguna manera la joven mujer, comenzó a notar el cansancio de su cuerpo que parece marchitarse. Con tristeza, puede ver como la luz en su vientre intenta apagarse.

A los pies de su cama, lugar que transformó en el altar de cada noche y que la vio descalza rogando por una vida, pedía dándole paso al llanto.

¡Dios mío!, ¿por qué no puedo ser madre? Es que no he rezado lo suficiente, quizá mis pensamientos no fueron todos buenos, puede ser. Si en algo te he ofendido, te pido que me perdones. Me gustaría creer que puedo ser una buena madre, porque quiero que sepas, que tengo un montón de amor bostezando dentro de mí para dárselo a mi hijo. Solo te pido que me escuches, y que veas que aún estoy viva.

Así terminaba Elizabeth, sus rezos en cada madrugada, pidiendo sin cesar. Hasta que amanecía permanecía arrodillada, con su camisón blanco y su pelo rubio, que en libertad brillaba más que el mismo sol.

Tanto rezó, fue tanto lo que pidió, que al final se hizo realidad su anhelo. Un día sin que se diera cuenta, su vientre floreció, se llenó de vida y sonidos. Lentamente una mirada recorre su cuerpo, que deja de ser conocido, para transformarse en dos.

Ya no pudo aguantar su alegría, por eso corrió hasta Frank, y se acurrucó en aquellos brazos transpirados, que llenos de amor la recibieron con sorpresa.

—¿Qué ocurre mujer? ¿Por qué vienes tan agitada y sonriente?

—Tengo algo que decirte Frank, algo que te hará acercar otro banco a la mesa.

—¿Es que viene alguien a la casa?

—¡Sí!, alguien que tú y yo hace tiempo esperábamos.

—¿No puede ser!, ¿es verdad Elizabeth?

—¿Tu hijo viene en camino Frank!

Se mantuvieron abrazados largo rato, mientras la tarde cae llenando la noche de murmullos. Mirando al cielo Frank, daba gracias a Dios en silencio. Aún no sé cómo, sin embargo, por una extraña razón que luego tendría su lógica, la noticia de que Frank, y Elizabeth, serían padres, llegó hasta el distante pueblo.

Pero también llegó a oídos de Loén, que con sus cuatro hijos estaba acostumbrada a ser madre.

¡Pobre señora Elizabeth!, se encuentra sola para recibir a su hijo. Tengo que estar atenta, y esperar el momento justo para ir a ayudarla. Aunque su esposo no lo acepte, yo voy a estar ahí para que su hijo nazca bien.

¡Lo único que espero, es no tener que enfrentarlo!

Y sin pensarlo, el verano llegó azotando la tierra, y los nueve meses de espera habían quedado en el pasado. Una mañana de julio Elizabeth, despertó con fuertes dolores en su vientre, y estaba sola. Su esposo se encontraba en el pueblo, hacía dos días que se había ido a vender lo cosechado, y no era consciente, que en su cabaña la vida llegaba.

Los gritos de dolor salían furiosos por la puerta de aquel lugar, y corrían por el camino perdiéndose en el viento. Loén, pudo sentirlos desde donde se encontraba, y sin vacilar, apresurada corrió para ayudarla. Detrás de ella como era costumbre, también corría Moté. Llegaron hasta la puerta de la cabaña, con sus paredes de troncos y barro, donde la ventana se abría al dolor dejando volar un pedazo de tela.

Eran tan desgarradores los gritos, que se estrellaban contra el gastado piso de tierra, y llenaban la habitación de miedo y de angustia.

Señora Elizabeth, ¿se encuentra bien?, se escuchó decir a Loén, pero al no recibir una respuesta decidió traspasar la línea de la puerta, sin saber si el esposo estaba adentro.

Dejando el miedo atrás entró. En una cama de pino Elizabeth, se retorció de dolor, y unas blancas telas que yacían debajo de su cuerpo, se rendían oscurecidas por la sangre.

La negra se acercó a la cama, y girando la cabeza miró a su hijo pequeño mientras le decía, rápido, trae un poco de agua. Moté, que caminaba en los cinco años corrió en busca de lo que su madre necesitaba, y aunque era pequeño, estaba acostumbrado al trabajo.

Un paño sobre la frente secaba el fuego, y Loén, pedía, ¡fuerza señora Elizabeth, haga un poco más de fuerza!, solo un poco más, ya lo puedo ver.

De pronto todo quedó en silencio, y luego un grito desgarrador que se escapó por cada uno de las grietas entre las paredes.

Unas manos negras arrojaron al pequeño en un pedazo de su pollera, para luego decir, es un varón señora Elizabeth, es un niño.

Con una tímida risa adolorida, Elizabeth, acomodó a su hijo sobre ella. Luego miró Loén, y un “gracias” voló de su boca. Ella solo respondió, no hace falta dar gracias. Y así como habían llegado, así de rápido Loén, y Moté, salieron apurados por la puerta, perdiéndose por el camino hacia el bosque con la brisa de la mañana.

_¡Rosana, Rosana!

_¿Qué pasa?

_No sé, ¿te sucede algo?, hace una hora que estás ahí.

_¡Lo siento Martín!, me perdí en el tiempo.

_¿Qué pasa Rosana? ¿Te sientes mal?

_¡No!, estoy bien, es solo que encontré algo que vale la pena leer.

_¿Encontraste el libro del Profesor?

_Encontré algo, que me hace sentir orgullosa.

_¿Qué encontraste?

_Luego te cuento Martín.

Esta historia se va conmigo, no creo que a la señora le importe. Después de todo no es un libro, pero para mí, estas hojas ya son parte de mi vida.

Capítulo - 3

- _¡No me toques, soltáme!
- _Quedáte tranquila pendeja.
- _¿Por qué querés hacerme daño?
- _No te voy a hacer nada que no quieras.
- _¡Yo no quiero que estés en mi cuarto!
- _Dale, si desde el primer día te gustó.
- _¡No es verdad!, puedo ser tu hija.
- _Pero no lo sos, quedáte quietita.
- _¡Pensá en mi madre!, ella te quiere.
- _Vos pensá en tu madre, ¿querés hacerle daño?
- _¡No!, jamás le haría daño.
- _Entonces quedáte quieta Rosana, ¡porque si no la mato!
- _¡Está bien!, solo por ella hago lo que quieras.
- _Así me gusta, que seas obediente.
- _¿Por favor, no le hagas nada?
- _¡Tranquila! ¿Te acordás cuando tu madre nos presentó?

No hay mucho en la heladera, algo de leche y unas rodajas de fiambre. Por suerte queda un poco de pan, es obvio, mi madre no fue al supermercado.

No importa, con un refuerzo y un vaso de leche estoy más que satisfecha.

Estoy ansiosa por retomar la lectura donde la dejé. Me pregunto, ¿cómo seguirán sus vidas?

Elizabeth, se quedó sola con su hijo sobre su cuerpo, y mientras besa sus pequeños dedos, unos pasos llegan hasta la puerta.

Elizabeth, llegué, ¿dónde estás?

Frank, logró ver a su esposa, pero un olor diferente se había instalado en la habitación, donde la luz se hacía esperanza, y su hijo latía envuelto en colores.

—Pero, ¿cuándo ocurrió?, yo estaba lejos y tú aquí sola.

—¡Tranquilo Frank!, yo lo hice sin ayuda, tu hijo está bien. Me gustaría llamarlo Gabriel.

Temiendo decirle que fue la negra quien había ayudado a traer con vida a su hijo, prefirió contar una historia diferente.

El círculo con el que una vez soñaron, hoy por fin se cerraba, la llegada de su hijo marcaba un nuevo comienzo en sus vidas.

Jamás se enteró Frank, que la primera persona que tuvo a su hijo entre los brazos, fue aquella negra, que sin quererlo estaría ligada a la vida del niño.

Los años pasaban con lentitud, con inviernos fríos que se escurrían hasta los huesos, y veranos insostenibles que hacían difícil el respirar, pero en la granja, las estaciones eran solo primaveras mirando a Gabriel, correr en ella. Era un niño blanco con la nieve, cabellos rubios como el sol y con los ojos repletos de otoño. Un niño soñado, como lo llamaba Elizabeth, mi pequeño niño soñado, y al que tanto agradecía a Dios por haber respondido a tanto rezo.

Ya no se sentía tan sola cada vez que Frank, iba al pueblo, y es que allí vendían parte de lo que se recogía de la tierra. Algunas veces demoraba un par de días, otras una semana, pero esa forma de actuar era nueva, antes se preocupaba por llegar a tiempo a su casa.

En realidad, todo comenzó después del nacimiento de Gabriel, y esto hacía pensar y mortificaba a Elizabeth, que intentaba ocultar su preocupación ante la mirada de su hijo.

Una noche Frank, regresó del pueblo y no era el mismo, el alcohol se había instalado en su ropa. Cuando entró por la puerta, se chocó con los ojos de Elizabeth, que en un instante descifró que algo pasaba.

*_¡Mujer, mujer!, ¿dónde estás?
_Frank, ¿qué sucede amor? ¿Por qué vienes borracho?
_Mi cena mujer, ¿dónde está?
_No grites por favor, piensa en Gabriel, está durmiendo.
_Te pregunté por la cena. ¡Quiero mi comida!
_¿Qué te hace volver así Frank?
_No quiero hablar.
_Pero, ¿por qué has bebido?
_Ese es mi problema mujer, ¿dónde está la comida?
_Frank, estaba sobre la mesa que has tirado.*

En ese momento la furia se apoderó de él, y un sentimiento que nunca creyó tener, nació lleno de ira desde su interior.

Gabriel, abrió sus ojos aún con sueño, mientras intenta dejarlos abiertos solo para ver en ese momento a aquel hombre, que no se parece en nada a su padre, golpearse con todo a su paso. Frank, con un rostro desfigurado miró a Elizabeth, y una mano como la de un gigante se estrelló contra su cara llenándola de marcas.

Los ojos de susto de Gabriel, cambiaron de un color de paz a un negro de violencia. Ese día no lo olvidaría nunca, mientras su madre permanece tirada cerca de la estufa, sin quererlo, pudo ver asomar en la boca que tanto lo besó, un río de sangre. Apurado corrió hasta ella para abrazarla con sus pequeños brazos. ¡Madre estás bien!, ¿te duele mucho madre?

En ese momento Frank, se sintió envuelto y acogido por las sombras, y con sus manos aun temblando y lleno de angustia por lo hecho, salió de la casa sin rumbo perdiéndose en la noche. Arrodillado lloró, mientras sus manos golpean una y otra vez la tierra. Y rato después, una llovizna comenzó en el silencio, y él se quedó mirando hacia lo alto, porque lejos de encontrar la paz, prefirió seguir buscando una salida.

El sol de un nuevo día iluminó la granja, y Elizabeth, pudo observar por la ventana que Frank, seguía de rodillas. Sin pensarlo corrió y lo abrazó, porque no lograba entender qué le pasaba, pero el amor que sentía por él era demasiado fuerte para perderlo, y por eso no dudó en perdonarlo.

*_Tienes que hablarme Frank. ¿Qué te ocurre?
_¡No lo sé mujer!
_Hice algo mal, ¿dime?, yo te amo.
_No sé qué decirte, mi cabeza se siente extraña.*

_Ya no me amas, ¿es eso?

_¡No es eso!, y claro que te amo.

_Entonces, ¿qué te sucede? ¿Por qué vuelves borracho?

_Es que últimamente, me he sentido solo.

_Pero yo estoy siempre a tu lado.

_¡Lo sé!, por eso quiero que sepas, que me siento mal por golpearte.

_Yo te perdono Frank, porque te amo. Siempre voy a amarte.

Frank, se sentía excluido, la llegada de su hijo le había quitado parte del amor de su esposa, por ese motivo y lleno de celos, encontraba refugio en el falso amor de las prostitutas del pueblo. Todo lo cosechado en su tierra y que lograba vender, él lo dejaba entre el alcohol y las mujeres de sexo libre. Sin darse cuenta, comenzó a destruir su círculo, y el amor que un día lo unió a su esposa y a su hijo, de apoco parecía morir, quedando solo recuerdos en una mente que en soledad se marchaba.

Elizabeth, regresó a su altar y comenzó a buscar respuestas. Dios, me arrodillo ante ti para preguntarte, ¿qué ha cambiado en nuestras vidas?, acaso el mal quiere destruir nuestra familia. ¿Por qué sucede esto Dios? Aunque sus padres no lo quisieran, Gabriel, pudo notar que donde vivía ya no era una casa feliz, lo podía ver en la mirada de los dos, y a pesar de que era pequeño y muchas cosas no entendía, su limitada mente lo alejaba de ciertos pensamientos. Comenzó a vivir en una casa muy fría, y solo las enseñanzas de su madre le dieron algo de calor y esperanza. Siempre le enseñaba la misma oración. Gabriel, tienes que ser bueno en la vida, nunca lo olvides.

Una mañana Loén, esperó hasta que saliera Frank, ella sabía que iba al pueblo, y por eso se animó a ir a su casa. En el límite de la granja se paró, para luego llamar. ¡Señora Elizabeth!

Al ver aquel rostro que tanta alegría le había proporcionado, sin pensarlo demasiado le dijo que pasara.

Hola señora Elizabeth, usted perdone que haya venido, quiero saber si necesita algo, porque sé bien y en sangre propia lo difícil que puede ser criar un hijo.

Mientras Gabriel, juega afuera de la casa, en ese momento Elizabeth, se quebró, quizá por no tener a quién contarle lo que sufría. Y fue ahí, que el llanto se apoderó de ella.

Loén, la miró con ojos grandes, su cara curtida y con unos cuantos años encima, observó enmudecida aquella imagen.

_¿Qué ocurre señora Elizabeth? ¿Cómo la puedo ayudar?

_¡Gracias!, pero no quiero involucrarte en mis problemas.

*_No piense de esa manera, estoy aquí para lo que necesite.
_¡Está bien! Mi vida ahora es solo Gabriel. Frank, ya no...*

Frank, no es el mismo, suele regresar borracho. Todo el dinero que se hace gracias a la tierra, él lo pierde en el pueblo. La mayoría de las veces apenas puedo darle de comer a Gabriel, y si no fuera por algunas verduras flacas que he guardado, no comeríamos. Pienso que Frank, gasta el dinero con las mujeres del pueblo.

No piense de esa manera señora Elizabeth, no piense tanto. Yo le voy a pedir a mi Negro que vaya al pueblo y que siga al señor Frank, en cuanto sepa algo vengo a contarle.

- _¡No Loén!, no quiero que se arriesguen por mí.*
- _No se preocupe, lo hago con gusto.*
- _Darte las gracias, sería poco. Siento mucho su forma de pensar.*
- _La forma de pensar de los blancos, hace mucho dejó de hacernos daño.*

Y con la promesa de averiguar que hacía Frank, Loén, salió de la granja ante la atenta mirada de Gabriel.

- _Madre, ¿quién es ella? ¿Por qué se ve diferente a nosotros?*
- _Esa señora fue quien te trajo al mundo, y no es diferente. El color de su piel no la hace distinta, siempre tenlo presente.*

Al día siguiente el Negro de Loén, que frecuentaba el pueblo y hacía trabajos para los blancos, mira con sus ojos de tierra de un lado a otro, intentando ver que hace el señor Frank, como ellos solían llamarlo, para luego ir a contarle a su Negra.

Llegada la noche, lo pudo observar en la cantina emborracharse hasta caer, para luego ser escoltado por, una apenas vestida señorita a un cuarto pasando las escaleras.

Pero Loén, no iba a contarle esto Elizabeth, y romper su corazón, prefirió romper su promesa de no volver a mentir ganado a latigazos. Usaría una mentira blanca, le diría que el señor Frank, solo bebía hasta más no poder, y eso era todo. Demasiado pasaba criando a su hijo, y sería la muerte enterarse que el hombre que amaba, entregaba su amor a una mejer de muchos hombres.

Aunque tiempo después fue varias veces a su casa, jamás le contó que su esposo se acostaba con otras, sabía que esa noticia destrozaría su alma.

Pasaba dos veces a la semana cada vez que Frank, partía rumbo al pueblo, y así saber cómo seguía su vida. Con ella siempre iba Moté, su negro chico.

Mientras Elizabeth, habla con Loén, afuera de la casa, Gabriel, y Moté, juegan juntos, se miran sin encontrar diferencias, y es que para ellos esa diferencia no importa, va más allá del color de la piel. Si no fueran distintos, quien pudiera mirarlos nunca notaría que no son hermanos, aunque Moté, es algunos años mayor.

De esta manera, los dos pequeños fueron el primer amigo que tuvieron ambos.

Una tarde mientras los dos juegan en la tierra, dentro de la casa Elizabeth, está con Loén, y de pronto le dice, quiero darte las gracias.

- _Siento la necesidad de agradecerte, decirte que me has dado tu apoyo, y*

quiero confesarte, que contigo me he sentido libre de poder llorar. Te he tomado cariño Loén, te siento parte de mi familia, pero me gustaría saber más de ti, saber ¿cómo llegaste a esta tierra?, si es que quieres contarme.

_No tengo problema en contarle de mi vida señora Elizabeth, pero no sé si usted llegará a entender todo lo que pasé. Usted me va a perdonar, si en algún momento me ve llorar, y no precisamente de alegría.

Nací en una pequeña aldea, donde la mañana se despertaba acariciada por el mar, y una brisa caliente peinaba la arena y se quedaba dormida bajo la sombra de las palmeras.

Fui la única hija mujer que tuvieron mis padres, y desde pequeña ya estaba destinada a ser entregada a un hombre, que no conocía.

Pero todavía recuerdo mi niñez.

Recuerdo que tenía el pelo largo, que mi madre me corría para intentar peinarlo, y aunque a mí no me gustaba, me entregaba a la rutina de usarlo atado.

Por las tardes, cuando el sol se marchaba a dormir y el agua se mantenía tibia, nosotros nos bañábamos rodeados de peces.

En nuestras tierras no era necesario ir lejos por comida, teníamos frutas, la carne corría entre nosotros, pero sobre todas las cosas, éramos dueños de lo más importante que se tenía, libertad.

En las noches, nos encantaba dormir bajo una inmensidad de estrellas, y formar con los pies figuras en la arena. Así de hermosa era nuestra vida.

Vivíamos de la tierra y respetábamos sus decisiones, y cuando algunas veces la comida faltaba, ofrendábamos a los dioses y todo regresaba.

Al llegar mi vida a los doce años, conocí a quién sería como dicen los blancos, mi esposo. Era hijo de un jefe de otra aldea, y aunque no lo había visto hasta ese momento señora Elizabeth, a usted le puedo confesar, que lo quise desde ese día.

Nuestra unión tenía un solo significado, y era la posibilidad de poder juntar más y más negros, para poder sentirnos seguros, para luchar contra quien quisiera quitarnos lo nuestro.

Tuvimos una fiesta a nuestra manera, donde las horas bailando alrededor de las fogatas eran interminables. Había una gran mesa hecha de bambú, y en ella la comida rebosaba, la carne humeaba envuelta en hojas de palma, y había también frutas, peces y flores.

La fiesta duraba varios días, y las risas de felicidad junto con las canciones de nuestros ancestros, duraban mucho más que todas las olas que llegaban a la playa.

_¡Qué vida tan hermosa Loén!

_¡Sí!, pero fue buena sólo hasta ahí.

Después de ese día tuve mi última gran alegría, mi hijo llegaba a nuestras

vidas. Yo vivía por él, porque era como un pedazo de mí, un gran pedazo de mi cuerpo.

Y una mañana el sol despertó distinto, grandes troncos y tela dejaron cicatrices en nuestras aguas. Para nuestros ojos aquellos gigantes que caminaban en el mar, fueron una sorpresa, no supimos qué pensar de ellos.

Más aterrados nos vimos, cuando de su panza comenzaron a salir hombres de metal. Sin que nos diéramos cuenta, los que no dormían con ojos abiertos tirados en la arena, conocimos lo que siente un ave en una jaula.

Muchas de nuestras mujeres, sus cuerpos fueron usados para el placer, un placer dado entre carcajadas infernales.

El resto de nosotros con frío acero en las manos y en los pies, marchamos ciegos de nuestro destino.

Nos subieron en aquellos grandes troncos, y durante el viaje muchos de nuestros hermanos murieron, algunos de hambre, otros de males que no conocíamos; y algunos terminaron tirados en el agua como un animal muerto. Luego de varios días, no sé cuántos, los que llegamos con vida fuimos vendidos a quien pagaba más por nosotros. Nos juntaron con hombres y mujeres que venían de distintas tierras, pero con igual prisión. Caminamos sin distinguir el día de la noche, hombres a un lado, y mujeres más atrás. Yo quería estar con mi Negro y con mi hijo, pero él, se había quedado en el ayer durmiendo en su cielo.

El odio que llegué a sentir por aquellos hombres blancos, lo mantuve clavado por años muy hondo en mi consciencia, y el camino no terminaba nunca.

Un día, un buen hombre con un pensar diferente tuvo lastima de nuestros cuerpos y compró a mi Negro, y por suerte también a mí. Él ha sido, el que de alguna manera cambió en parte mi forma de pensar, porque luego de comprarnos, nos enseñó a leer y a escribir, y cuando aprendimos, nos hizo firmar nuestra libertad.

Y es por eso señora Elizabeth, que hoy somos libres, que nuestros hijos son libres, gracias a un gran hombre de pensar diferente.

_Loén, realmente me siento muy triste por ti.

_Está bien señora Elizabeth, esa fue mi vida anterior.

_Quiero pedirte perdón, nunca pensé que habías sufrido tanto.

_Son cosas del pasado, ya no me lastiman.

_Lo sé, ¿pero imagino que aún te duele?

_¡Oh sí!, el dolor sigue adentro.

_He intentado enseñarle a Gabriel, sobre la igualdad.

_Hoy parada frente a usted, sé que es cierto lo que dice.

_Espero que Gabriel, aprenda, y que no haga diferencia por el color.

_Yo creo que usted le ha enseñado bien señora Elizabeth.

Lo que sufriste Loén, no tiene comparación, no imagino lo que habrás sentido al ver morir a tu hijo, que te hayan arrancado de tu tierra, de tus lazos y de tu libertad.

Ahora lo confieso, lo que yo soporto es insignificante, no se compara en nada a

lo que tú sufriste.

Jamás pensé en sentir vergüenza por mi color de piel, pero ahora entiendo que vivimos en un mundo que no conoce la palabra igualdad.

_¡Mamá!, ¿por qué entrás así en el cuarto?
_Rosana, pensé que te había pasado algo.
_¡No Mamá!, estoy bien, ¿qué pasa?
_Rosana, hace tres horas que te estoy llamando.
_¡Tres horas!
_Te mandé diez mensajes, pensé, ¿no sé cuántas cosas pensé?
_Lo siento, perdí la noción del tiempo.
_¡Ay hija!, que susto me diste.
_¿Quién es él Mamá?
_¡Ah sí!, él es mi amigo Esteban.
_¿Y qué hace acá?
_Vino a acompañarme.
_¿Pero Mamá...?
_Rosana, no seas mal educada, déjame presentártelo.

Te acordás ahora, tu madre nos presentó, y vos me trataste como el culo. Me miraste con cara de desprecio sin conocerme. De inmediato supe que te iba a hacer mía. Nada me gusta más, que una mujer que se resiste, y solo con pensar en eso me hace brotar una erección. Por eso, esa misma noche luego de pasar horas con tu madre, entre en tu cuarto. Estabas tan indefensa, pero tu cuerpo me volvió loco. Tu piel se hizo mi necesidad. Luego de observarte largo rato, me sentí tentado en dormir contigo, pero me alejé, solo me llevé una de las hojas que estaba en tu mesa de luz. Era un recuerdo que tus manos habían tocado, y eso fue todo. Vos seguías durmiendo tranquila, sin saber que yo estaba ahí.

_Veo en tus ojos, que recordás bien ese día.
_¡Por favor Esteban, no me hagas daño!
_¡Daño no!, solo voy a darte placer.
_¡No, no, dejáme!

Capítulo - 4

- _¡Hola Mamá!
- _Buen día Rosana.
- _¿Cómo estás hoy Ma?
- _Bien hija, ¿por qué me lo preguntás?
- _Solo quiero saber, si todo está bien.
- _¡Si, bien!, ¿te preparo el desayuno Rosana?
- _No Mamá, como en la facu.
- _¿Parece que querés salir corriendo?
- _No es eso, lo que pasa es que no tengo hambre.
- _Hoy es viernes, ¿querés hacer algo a la noche?
- _¿Algo cómo qué?
- _¿No sé?, Esteban, viene temprano, quizás alquilar una película.
- _No me parece Ma.
- _¿Pasa algo con Esteban?
- _¡Nada!, pero hoy me quedo en casa de Cecilia.
- _Pero vos tenés casa, ¿por qué...?
- _¡Tenés razón!, me voy unos días a la casa de mi padre.

Hace mucho tiempo que no escribo en mi diario, pero hoy más que nunca siento ganas de hacerlo. ¿No sé cómo salir de esta situación? Por un lado si hablo con mi madre, quizás ella no logre entenderme cuando se lo cuente, pero por otro lado estoy yo, y a mí también todo esto me está matando.

Querido diario, perdón por estar ausente tanto tiempo. Hoy quiero contarte, que mi vida se encuentra entre la espada y la pared, y, ¿no sé cómo esquivar el filo?

Hace un tiempo mi madre trajo a la casa a un “amigo”, y aunque la amistad queda a dos pasos de la cama, ella piensa que yo sigo siendo una niña, y que no soy capaz de darme cuenta de las cosas que me rodean. Por suerte, sus visitas están restringidas solo a los fines de semana, pero es en esos días cuando estoy más desprotegida.

Desde que vino me ha estado usando a su antojo, y sin poder encontrar una salida a lo que vivo; y por temor a que nos haga daño, no tengo otra opción que entregarme a sus instintos. He pensado la forma de mantenerme a distancia, pero aún no la he encontrado.

Quisiera irme a vivir a la casa de mi padre, pero eso significaría abandonar a mi madre y dejarla sola. Tampoco sé, cómo reaccionará Esteban, quizá mi ausencia le brinde a ese mal nacido, una razón para lastimarla.

¿No sé qué hacer? Si se lo cuento a mi padre, estoy segura que alguien morirá, y es por eso querido diario, que sigo buscando una salida.

Ahora me voy a la facu, el lunes cuando regrese te sigo contando.

- _Rosana, ¿podés esperarme?
- _Hola Cecilia, no te había escuchado.
- _Rosana, ¿te pasa algo, estás diferente?
- _¡No estoy bien!
- _¿Te enteraste de la noticia?
- _¡No!, ¿qué noticia?
- _El profesor encontró el libro, ¿no sabías?
- _La verdad que no, lo siento me tengo que ir.
- _Pero Rosana, quiero preguntarte ¿cómo te fue con...?

La facultad se me está haciendo pesada, hoy mi cabeza tiene tantas cosas que, cada día se me hace más difícil continuar. Siento ganas de dejar todo, pero, ¿qué hago?, será esa la salida que tanto necesito. Si abandono los estudios mi vida quedará reducida a entregarme a la nada, a vivir donde a nadie le importe.

Ya no quiero pensar, tengo que despejar mi mente, descubrir en mis pensamientos uno que me otorgue un escape. Tal vez Loén, puede ayudarme.

Los años despertaron sin avisar, arrastrando a hombres y niños con diferente color de piel, a pisar un mismo camino.

Los trece años encontraron a Gabriel, empujando detrás de un montón de dientes afilados, que seguían igual que siempre rajando la tierra. Su cuerpo había cambiado, parte de la herencia de su padre, que le otorgó un cuerpo fornido con grandes brazos al igual que las manos, una espalda enorme como un árbol, y piernas fuertes, que no le envidian nada al caballo que cincha delante de él.

Ya hacía algunos años, que la necesidad lo había empujado a hacerse cargo de cosechar la tierra, donde sus manos sangraron por un tiempo, sin embargo, hoy ni el frío las hacía temblar.

Gabriel, tuvo que hacerse cargo, ya que su padre regresaba siempre con su amigo el alcohol, para luego caerse borracho junto a la estufa, donde permanecía hasta el cansancio. Frank, dormía todo el día acurrucado en el piso, y su cuerpo temblaba por la falta de bebida.

Elizabeth, había perdido toda esperanza con él, y es que ya habían pasado demasiados años. Lo miró tendido, y sus ojos se llenaron con lágrimas, recordó el pasado cuando se amaban y dormían abrazados, pero hoy, hasta los besos perdieron su tiempo.

¡Cómo te extraño Frank!

Dejó a un lado las lágrimas, respiró y dejó de mirarlo. Sus pasos con rumbo a la puerta la vieron salir, pero aquel amor que sentía por él, ella no se animaba a dejarlo morir.

Una tarde llegó a la granja una carreta bastante maltrecha, con dos mulas de orejas cortas que cinchaban de ella, y a sus lados, pieles de animales en descomposición parecían seguir vivas.

De aquella carreta bajaron un hombre de barba revuelta, una mujer y tres jóvenes, dos varones de una edad cercana a la de Gabriel, y una niña algo mayor. La pollera de la joven hacía notar al mirarla, que estaba dispuesta a todo lo que le ofrecieran.

Elizabeth, los recibió pero sin dejarlos entrar.

Al ver a los extraños Gabriel, soltó las riendas del arado, y con pasos firmes caminó hasta ellos.

La joven observó a Gabriel, y delicadamente abría y cerraba sus piernas, y esto llevó a que su padre, al instante la hiciera subir en la carreta.

_Buenas tardes señora.

_Buenas tardes, ¿qué se les ofrece?

_Estamos de paso y viene la noche, tal vez podríamos pasarla aquí.
_No estoy segura de eso.
_Sería solo por hoy señora, mañana nos iremos.
_¡No lo sé!, tendría que preguntarle a mi esposo.
_Como guste, le prometo que es solo por hoy.
_Bueno, enseguida regreso.
_Aquí la esperamos, tómese su tiempo.

*_Frank, Frank, por favor despierta.
_¿Qué sucede mujer? ¿Por qué me despiertas a esta hora?
_Frank, en la puerta hay unos extraños.
_¡Sí!, ¿qué quieren?
_Pidieron quedarse y pasar la noche en nuestra tierra.
_¡Diles que se marchen!
_¡No Frank!, esa es tu obligación, tú eres el hombre de la casa.
_Está bien, ya salgo. Ya está pronta la comida, tengo que ir al pueblo.
_¿Y a qué hora regresas Frank?, tenemos que hablar.
_¡No lo sé mujer!*

*_¡Buenas tardes señor!
_Si como sea, ¿en qué puedo ayudarlos?
_Como le consulté a la señora, nos gustaría pasar aquí la noche.
_¡No me diga!, ¿de dónde son ustedes?
_Somos de todos lados, pero estamos buscando el pueblo.
_El pueblo queda a unos pocos kilómetros.
_Sí, pero ya es un poco tarde.
_¿Quién está dentro de la carreta?
_¡Ah sí!, es mi hija.
_¡Está bien!, pueden quedarse, pero solo hasta mañana.
_Muchas gracias señor. Al salir el sol nos iremos, lo prometo.*

Entraron la carreta y soltaron a las dos mulas, las pobres estaban sedientas, por eso estuvieron largo rato tomando agua del pozo. Luego de acomodar sus cosas encendieron una fogata, y en eso la noche terminó de vestirse de negro.

Dentro de la casa Frank, se aprontaba a partir con destino al pueblo, y Elizabeth, lo observaba ponerse la camisa. El recuerdo de haber tocado su piel tanto tiempo, hoy era solo eso, un recuerdo.

Sin que ella se diera cuenta Gabriel, la observaba como lo miraba, el amor que sentía por su padre giraba enfurecido en el aire. Y fue ahí que se preguntó, ¿en qué momento habrá dejado de amarla?

Frank, se despidió de Elizabeth, pero los besos que solía darle al marcharse, hoy estaban secos en su boca. Subió a su caballo y partió, y sin que se diera cuenta la joven detrás de la carreta lo observó irse, mientras unos dedos traviosos jugaban con su pelo.

Elizabeth, también lo observó partir desde la ventana, su cara se había pegado a la madera con todas sus fuerzas, hasta que ya no lo vio más.

Madre ya está bien, ya se fue mi padre, él no merece que derrames tus lágrimas.

_¿Quieres que hable con él?

_No Gabriel, este es nuestro problema, no el tuyo.

_Pero madre, tal vez a mí me cuente qué le sucede.

_Déjalo, en algún momento se dará cuenta el mal que nos hace.

El único que hoy realmente escucha sus palabras es el alcohol, y solo él tiene la opción de seguir en su compañía. En algún momento tendrá que tomar la decisión si en realidad somos importantes para él, o solo dos cuerpos que ven morir su vida.

Pero hay algo, que es más importante ahora Gabriel.

- _Hijo, no estoy segura que intenciones tienen estos extraños.*
- _¡Tranquila madre!, tú duerme, que yo los vigilo toda la noche.*
- _No Gabriel, tú estás cansado de trabajar la tierra.*
- _Está bien madre, quizá mañana cuando despiertes, ya se habrán ido.*
- _Eso espero Gabriel, algo en ellos no me gusta.*
- _Tranquila madre.*
- _No me gusta esa joven hijo, ten cuidado, la tentación es mucha.*
- _¿Por qué lo dices?*
- _Gabriel, hoy te vi cuando la mirabas.*

Sé que tienes edad para pensar en las jóvenes, pero no todas pueden ofrecerte lo que tú te mereces hijo, recuerda siempre estas palabras.

En la madrugada Frank, regresó del pueblo como era de costumbre, borracho, pero antes de entrar en la casa sintió unas manos que se enredaban en su cintura.

Pensó que Elizabeth, era quien lo abrazaba, pero no, era aquella joven, que lo tentó a tocar un cuerpo suave y firme.

Sin estar consciente de lo que hacía, terminaron entrelazados junto a las raíces de un árbol.

Cuando el sol asomó en la hierba iluminando la granja, llegó hasta Frank, que se despertó desnudo junto a aquella joven. Ella lo miró pícaramente, mientras él corría rumbo a la casa.

Fue en ese momento que riendo mientras se vestía dijo, te tengo. Frank, le había dado un motivo a la joven para quitarle todo lo que quisiera, de lo contrario, se lo contaría todo a Elizabeth.

Entró en la carreta, su padre la esperaba para preguntarle, ¿cómo te fue hija?, a lo que ella respondió, lo tenemos Papá.

Frank, se quedó sentado junto a la estufa, mientras sus manos pasean de arriba abajo por su cabeza. Soy un tonto, ¿cómo pude dejarme llevar por la tentación?, es solo una niña. ¡Dios ayúdame!

_¿Qué sucede Frank? ¿Por qué estás ahí sentado?

_No me pasa nada Elizabeth.

_Es raro no verte dormido, ¿en qué piensas?

_Pienso que tengo que hacer un trabajo en el pueblo.

_Frank, antes de irte tienes que decirle a los extraños que se marchen.

_A mi regreso les digo, ahora tengo que irme.

Frank, intentaba montar en su caballo pronto para partir hacia el pueblo, cuando sintió las palabras, buenos días, detrás suyo. El padre de la joven se antepuso en su camino para decirle, lo molesto un minuto señor, tengo algo que hablar con usted. Si claro respondió Frank, y los dos hombres se alejaron un trecho de la casa. Mientras hablan, Frank, mueve la cabeza asintiendo a lo que escuchaba. Se quedó mirando la ventana por un rato luego de aquellas palabras, él sabía que Elizabeth, seguía observando, aunque sin saber qué estaba sucediendo.

Y así Frank, partió sin destino, y con un solo pensamiento en su cabeza que lo iba consumiendo.

En la carreta toda la familia reía, hasta que Elizabeth, cortó con su mirada tanta risa, y siendo amable les dijo:

- _¡Buenos días!, prontos para irse.*
- _Buenos días señora, la verdad nos gusta su granja.*
- _¿Cómo dicen?*
- _Estamos pensando, en quedarnos algún tiempo.*
- _¡Pero!, mi esposo no les pidió que se marchen.*
- _No señora, yo hablé con su esposo.*
- _Y él, ¿qué fue lo que le dijo?*
- _Eso tendrá que preguntárselo a él.*
- _¡Se lo estoy preguntando a usted!*
- _¡Bueno!, dijo que nos quedemos el tiempo necesario.*
- _No, eso no puede ser cierto.*
- _Si quiere salir de dudas, pregúntele a su esposo.*
- _Ni bien llegue, será lo primero que haré.*
- _Muy bien, que tenga un buen día.*

Elizabeth, entró llena de preguntas en la casa. Al cerrar la puerta solo pudo decir, hijo algo pasó con estos extraños y con tu padre. Y aunque, ¿no sé qué es?, te diré que les dio permiso para que se queden todo el tiempo que quieran. Gabriel, necesito que te hagas amigo de esos jóvenes, y que averigües que traman, sé que algo malo pasó, y que tu padre tiene la respuesta. Pienso que, tendrás que ser igual a ellos y hacer lo que ellos hacen, así no sospecharán de ti. Yo seré más amable, intentaré ganarme su confianza. Tenemos poco tiempo para descubrir que tienen en mente, y así evitar que nos quiten la granja. Gabriel, te prometo que nadie jamás, nos quitará nuestra tierra.

_Destino Aviación Civil.
_¡No puede ser!, perdón, ¿qué destino dijo?
_Aviación Civil, es donde estamos.
_Pero como, ¿este ómnibus no llega a Plaza España?
_¡No!, ese es el (144), este es el (174)
_¡No puede ser, me tomé el ómnibus equivocado!
_¿Estás perdida mami?
_¡No para nada!, y no soy tu mami.

Y ahora, ¿qué hago? ¿No sé dónde estoy?, no tengo plata para volver ni saldo en la tarjeta STM. Jamás había venido a este lugar. Aparte de la terminal, donde la luz solo reina en las cuatro bombitas donde venden los boletos, no hay nada. Es todo campo, ¿qué hago?, la noche no me deja pensar. ¿A quién llamo para que venga a buscarme? Papá vive muy lejos, y a Mamá ya le dije que hoy no iba a quedarme con ella. Estoy lejos de la civilización, me da miedo aquellos dos locos que están parados en las sombras. Ya se dieron cuenta que estoy perdida, mis pasos de acá para allá me delataron.

Capítulo - 5

Aunque soy bastante reservado a la hora de hablar de mi vida, creo que en algún momento hay que abrirse y dejar salir todo. Yes por eso que, yo quiero hacerlo contigo.

¿Por dónde comienzo?, veamos. Nací en una ciudad muy colorida, donde el patrimonio y la historia siempre fue nuestra carta de presentación para el País, y también para el resto del mundo. El turismo, sigue siendo la entrada económica que marca el ritmo de vida en una ciudad sencilla, y es fuente de progreso para todos los que allí viven.

Pero mi casa, es decir, la casa de mis padres, queda un poco separada del centro donde el bullicio y el movimiento habitan.

Es en las afueras donde nací, en el campo, donde aún se respira el aire puro, y es él y su agonía parte hereditaria de mi sangre.

Mis padres cosechan toda clase de verduras en la tierra, y que luego venden en la feria dominical del pueblo. Tenemos unas pocas vacas, y hay también algunas gallinas, ovejas y todo un ecosistema de animales. En los alrededores, habitan algunos árboles de manzanas y ciruelas. En ellos “pasamos incontables tardes”, entre libros y sonidos.

La casa es vieja, demasiado antigua, con paredes de veinte centímetros de grosor, donde los ladrillos y piedras viven acuñados con barro. Tiene ventanales del piso al techo, con vitros vestidos en azules y plomo, que dejan ver el arraigo de los colonizadores y sus fuertes ideologías cristianas.

Pero lo que desde niño siempre me causó asombro, es la puerta de entrada. Su fortaleza de acero forjado y bronce, la hacen ver como la puerta de entrada de un castillo medieval e impenetrable.

Te voy a contar algo de mi vida unos años después, y es sobre mi etapa escolar, donde cada día llegaba a la escuela en mi caballo parche. Le puse ese nombre, porque desde pequeño tuvo una mancha negra sobre su ojo izquierdo, que lo hacía ver como un pirata, y más aún representaba su papel, cuando yo le ataba un pañuelo sobre las orejas.

A todos mis amigos les llamaba la atención, a tal punto, que todos querían sacarse una foto con él. Ya en la etapa liceal, me pareció un poco más evolucionado asistir a clases sin mi amigo, y por eso, dejé que sus últimos años de vida fueran de libertad en el campo. Murió de viejo una mañana de agosto, cuando yo estaba en tercer año.

Fue tan importante en mi vida, que con mis padres decidimos sepultarlo a la sombra de los manzanos.

_Lo siento Martín, debió dolerte mucho.

_¡Sí que me dolió!, pero murió libre.

_Martín, ¿vos que pensás de la esclavitud?

_Que nunca tendría que haber existido.

_¡Yo también!, pero volviendo a tu historia.

_Sí, ¿qué te llama la atención?

_Mencionaste, “pasamos incontables tardes”

_Es algo de lo que prefiero, no hablar.

_¡Perdón!, no quise ser irrespetuosa.

_¡Está bien!, ¿ese es el libro que encontraste aquel día?

_El mismo, ¿te acordás?, tiene una historia increíble.

_Y, ¿de qué trata?

_Te cuento un resumen de lo que leí, y si te parece, sigo leyendo para los dos.

En la mañana Elizabeth, junto a Gabriel, miraron por la ventana, afuera aquellos intrusos daban vueltas alrededor de la carreta.

Gabriel, fue el primero en asomarse por la puerta, su idea era la de mostrarles los alrededores a los dos jóvenes, y de esta forma intentar poder sacarles algo de información que delatará sus intenciones.

Buenos días exclamó Gabriel, mostrando su mejor sonrisa. Voy a cortar algo de leña al bosque, quizás alguno de ustedes quiere acompañarme.

El padre de los jóvenes lo miró sin entender nada, y de inmediato ordenó a sus hijos que lo acompañaran, vayan ustedes dos, y de paso vean que pueden matar para el almuerzo.

Los tres partieron, se alejaron de los ojos de Elizabeth, que apretaba sus manos contra el pecho mientras se aleja de la ventana. Dame fuerzas Dios para enfrentar este destino, ayúdame, y sobre todo protege a Gabriel, solo eso te pido.

Tomó coraje saliendo de la casa, y un montón de palabras que no eran suyas, salieron de su boca.

Hola buena gente, buenos días tengan ustedes, ¿cómo pasaron la noche?

Los rostros de asombro de los visitantes, se estrellaban uno contra otro sin entender lo que sucedía.

Elizabeth, haría todo lo posible para proteger su hogar, incluso mentir y convertirse en alguien diferente, si era necesario.

Rumbo al bosque Gabriel, les ofreció algo de charla a los jóvenes, que despreocupados del mundo iban golpeando todo a su paso. No dejaron ni una sola piedra sin dar vuelta, para luego matar a todo lo que vivía en ellas. Se notaba la maldad en sus manos.

Ante la ausencia de palabras fue que Gabriel, les preguntó. ¿Hace mucho que andan de viaje?, porque me imagino que debe ser cansador ir en esa carreta vieja. Ninguno de los dos respondió, aunque uno estuvo tentado en hacerlo, pero su hermano lo hizo callar con su mirada. No obstante Gabriel, insistió nuevamente en preguntar. ¿Tienen algún lugar fijo donde vivir, en otro pueblo quizás? Con la ilusión de ganarse su confianza, no menguaba las preguntas. Y fue ahí, que recordó las palabras de su madre, haz lo que ellos hacen.

Pero Gabriel, no conocía la maldad, su madre solo le había enseñado sobre la igualdad y el amor.

Cuando los tres llegaron a un solitario sendero, los dos hermanos notaron algo moverse entre un matorral de fresas. Se acercaron, y descubrieron a un muchacho de piel oscura con algunas hierbas y frutas en sus manos.

Sin decir ninguna palabra, lo tiraron en el suelo y comenzaron a golpearlo

hasta cansarse. Gabriel, los observaba en silencio, atónito, sin entender y sin poder hacer nada.

Cuando en el agotamiento ya no pudieron propinarle más golpes, lo dejaron boca abajo temblando en un puñado de hojas marchitas.

Uno de los dos hermanos, sacó un afilado cuchillo de entre su ropa, y una carcajada inundó el lugar.

Hermano, ¿qué te parece si marcamos a este negro? Yo seré el primero, luego tú y después, ya sabemos quién.

Yo no puedo hacer eso pensó Gabriel, recorriendo los silencios en su mente, esto no está bien, ¿qué voy a hacer?

De a uno los dos hermanos, tallaron en aquel muchacho como se talla en un árbol haciéndole daño, toda su maldad.

Al pasarle el cuchillo a Gabriel, pudo sentir en el mango de madera que la sangre seguía caliente y sin coagular. En ese momento tomó la decisión más difícil que jamás había tenido. Luego de cortarlo fugazmente, no quiso dejarlo boca abajo. Con sus manos lo giró, el cuerpo del muchacho seguía temblando. Allí Gabriel, pudo sentir que sus ojos se salían, aquel rostro delante de él, no era otro que el de ¡Moté!

Y Gabriel, se marchó con los dedos llenos de sangre, y delante de él, los dos hermanos reían por ser como eran.

Entre ramas y hojas quedó Moté, mirando al cielo, buscando una respuesta que pudiera entender.

Llegaron a la granja donde Elizabeth, vio llegar a los dos hermanos, pero Gabriel, su rostro no aparecía, mientras los segundos se hacían años. Salió corriendo hasta el camino, ¿dónde está mi hijo? ¿Dónde está Gabriel?

Los hermanos solo rieron, y Elizabeth, pensó en lo peor. ¡No Dios mío!, ¿dónde está mi hijo? Corrió sin parar por varios minutos adentrándose en el bosque, hasta que encontró Gabriel. Estaba sentado en un tronco con su cabeza mirando al suelo, y sus manos repletas de un color rojo.

—¿Qué te pasó Gabriel? ¿Estás herido hijo?

—No es mi sangre madre.

—¿Y de quién es Gabriel?

—Me dijiste que hiciera lo que ellos hacen.

—¿Qué hiciste hijo?

—Me siento muerto madre, ya no voy a ir al cielo.

—¿Qué dices?

—Estoy condenado al infierno por lo que hice.

—¡No me asustes Gabriel!, ¿qué pasó?

_Tuve que tomar una decisión, lo hice para que no desconfiaran.

No había terminado de contarle todo lo sucedido, cuando ya estaban rumbo a la casa de Loén. Al llegar nadie salió, y Elizabeth, ahí mismo quiso morir, porque de una manera que ella no pensaba, había seducido a su hijo a las garras de la maldad.

¡Loén, Loén!, grito una y más veces, pero solo el eco se su propia voz le contestó, que regresaba convertido en culpa.

En el bosque, con las pocas fuerzas que le quedaban a Moté, comenzó a arrastrarse con la única idea de llagar hasta su casa.

Y Loén, viendo que su negro chico no llegaba, había decidido salir a buscarlo. Jamás se demoraba tanto cada vez que salía a recoger hojas, frutas y otras hierbas, siempre regresaba antes del anochecer.

Loén, y otro de sus hijos, sobrepasando el grito de los pájaros llamaban a Moté, mientras la noche les hacía más difícil hallarlo, tapando la luna con oscuras nubes.

¡Moté!, ¿Dónde estás?

Siguieron un buen rato llamándolo, hasta que pudieron distinguir un insignificante gemido que sobresalía de la maleza. Alumbraron con la mitad de una vela, que era lo único que tenían para usar como antorcha.

El cuerpo de Moté, se asemejaba a un tronco apolillado cubierto de hongos y enredaderas. La sangre, hacía algún tiempo que se había enfriado en su cuerpo, hasta el color era diferente. Entre su madre y su hermano lo sentaron, allí fueron testigos y pudieron notar, que alguien lo había marcado como a un animal.

Loén, le preguntó. ¿Quién te hizo esto? Pero Moté, no contestó. Con la angustia y la impotencia brotando de los poros, y con la saliva hecha espuma que se le escapaba de la boca igual que un perro rabioso, Loén, volvió a preguntar. ¿Quién te hizo esto?

Moté, apenas podía mover su cuerpo, y es por eso que lleno de dolor y con una respiración que parecía detenerse, pudo decir, dos jóvenes y Gabriel. Cuando Loén, escuchó el nombre de Gabriel, no pudo entender, pero su hijo nunca antes le había mentido.

Un dolor de traición que jamás había sentido, comenzó a recorrer su cuerpo, pensó, no puede ser Gabriel. Miró a su otro hijo que observaba a su hermano yaciendo ante la muerte, y le dijo. Quiero que me prometas algo, no te pido que mientas, pero no le digas a tu padre que Gabriel, hizo esto. Tu padre tomaría contra él, sin pensar qué puede suceder con nosotros. Está bien madre, pero si encuentro a Gabriel, yo le voy a dar muerte.

Cargaron a Moté, y antes del amanecer estaban en su casa. Lo recostaron en una cama de paja, y solo se lograban escuchar sonidos de huesos rotos.

Cuando llegó el padre de su trabajo en el pueblo, pudo ver a su hijo sin reconocerlo, que se mantenía inconsciente y herido.

Loén, ya había preparado al resto de la familia para que ninguno contara la verdad.

¿Qué le pasó a nuestro hijo Loén? ¿Quién le hizo esto? Fue después de esas dos preguntas, que decidió descolgar su lanza, tomó el machete y de nuevo preguntó. ¿Quién fue?

Inútilmente Loén, intentaba calmarlo, pero su negro no entendía de razones,

estaba decidido a tomar venganza. Porque eran hombres y mujeres libres, sin embargo, este castigo hacia su hijo lo hacía pensar, que siempre serían esclavos.

El regreso a la granja de Elizabeth, y Gabriel, parecía un camino que no terminaba nunca, donde la vergüenza caminaba con ellos. Paso tras paso, la culpa los acompañaba en silencio.

Cuando por fin llegaron, la carreta de aquella gente ya no estaba, ni siquiera su viejo y cansado caballo. La puerta de la casa se hallaba abierta a la tragedia, donde la cocina y el resto se veían revueltos.

Pero por sobre todo lo que se llevaron, en la chimenea algo dejaron colgado. Era un pedazo de papel que no llegaba a ser una carta, y en ella se lograba leer lo siguiente:

Señora, gracias por dejarnos entrar en su tierra, y aunque me hubiera gustado mucho estar con su hijo, quiero decirle que fue más grato, pasar la noche con su esposo.

Igual que una hoja seca en el otoño, aquel papel se escurrió entre los dedos de Elizabeth, y en ese momento algo terminó de morir.

Gabriel, miró la cara de su madre, y supo de inmediato que algo grave pasaba, algo que dejaba sin importancia el hecho de haber quedado sin nada. Elizabeth, dejó caer su cuerpo cansado contra la estufa, y así se quedó. En eso Frank, regresó como hace tanto tiempo. Al entrar supo que algo pasaba, más allá del desorden que lo rodeaba.

Ella lo miró, y de aquella cara de ángel que una vez tuvo, hoy un ejército de furiosas lágrimas marcha por su boca.

Golpeándole el pecho en forma reiterada le preguntaba, ¿por qué? ¿Por qué nos hiciste esto Frank? Todo el amor que te di no te alcanzó, no fue suficiente para ti, ¿cómo fuiste capaz de destruir nuestra familia? Era solo una niña, bien podría haber sido tu hija.

En ese momento Frank, supo que su secreto ya no lo era, de alguna manera Elizabeth, lo sabía. Se vio perdido, su mujer lloraba, y a su costado su hijo lo observaba sin decir palabra.

Intentó marcharse, pero Elizabeth, en su desesperación lo golpeó en la espalda, y en un reflejo de impotencia Frank, devolvió el golpe.

Al caer Elizabeth, algo se sintió en el piso, y un golpe seco y apagado marcó algo que se quebró, y eso fue todo.

Inmóvil, muerto su cuerpo, el brillo de sus ojos se apagó para siempre. Gabriel, inútilmente intentó despertar a su madre, pero ya se había ido.

Miró a su padre, y sin pensarlo dos veces arremetió contra él. Se entrelazaron en lucha y daban vueltas junto al cuerpo de Elizabeth, que lejos de poder hacer algo solo los observaba.

Cuando Gabriel, logró liberar una de sus manos, tomó la pequeña hacha junto a la estufa soltando un golpe, luego otro y más, hasta quedar agotado.

La sangre de su padre en un segundo lo cubrió, y Gabriel, por primera vez en su vida se quedó solo. En esos pocos minutos, toda su vida había cambiado, ya no vería de nuevo a su madre, tampoco tendría la sombra de su padre, lo había perdido todo.

Caminó hasta la puerta, observó por última vez a su madre, y sin lágrimas en los ojos prendió fuego la casa. Tan rápido como comenzó el fuego, se tragó todo lo que encontró, hasta no quedar nada.

Gabriel, se marchó sin mirar atrás y sin saber, ¿dónde ir?

Loén, curaba a Moté, cuando el olor a humo y muerte la alcanzó.

¿De dónde viene ese humo?, se preguntó.

Madre, hay fuego pasando el claro. ¡No puede ser!, ahí es la casa de la señora Elizabeth.

Cuiden a su hermano que yo vuelvo enseguida.

Loén, salió apurada rumbo al lugar donde el humo rezongaba con grandes bocanadas. Llegó a la granja, solo quedaban cenizas de lo que una vez fue. No lo podía creer, todos habían muerto dentro de la casa. ¿Qué habrá pasado?, se preguntó en silencio.

¡Pobre señora Elizabeth, y pobre Gabriel!

En su casa Loén, ató unas cuantas maderas viejas cruzadas unas sobre otras, y en la entrada de la granja lejos de los recuerdos, plantó las tres cruces.

- _Realmente es impresionante.
- _¡Te lo dije Martín!
- _Es muy triste Rosana, todo ese sufrimiento.
- _Y sobre todo para los negros, decí mejor.
- _Pero no solo a ellos se los identifica con la esclavitud.
- _Vos lo decís porque no sos de raza negra, como soy yo.
- _Es que los blancos, también somos esclavos.
- _¿De qué hablás?

Rosana, hace un rato tú mencionaste unas palabras que dije “pasamos incontables tardes” Pues, tenía un hermano, mi gemelo, mi otra mitad. No suelo hablar de él, porque considero que la gente no es capaz de entenderlo. Nació diferente, pero solo para el resto, no para nuestra familia que lo consideraba uno más, y mucho menos para mí. Suelo pensar que no tuvo las mismas oportunidades que yo tuve, y la vida, lo puso de excusa a la hora de marcar una diferencia.

Desde niño vivió en un mundo que giraba solo para él, y aunque yo intentaba ser parte del mismo, nunca logré cruzar esa muralla.

Porque es una ignorancia llamarlos tarados, mongólicos, como de mala forma suelen calificarlos. Él nació diferente, y eso es todo, pero nunca dejó de ser mi hermano, y aunque murió joven, el tiempo que vivió me hizo feliz.

Quizá la culpa de nacer distinto fue de mis padres, por tenernos siendo ellos demasiado adultos.

¿Entiendes ahora?, cuando te digo que no solo los negros son esclavos. Mi hermano era blanco, y vivió esclavo de su cuerpo, porque él nació limitado a la hora de usarlo. Y fue esclavo en la mirada de la gente, que no supo entenderlo y que dejó de mirarlo.

- _¡Perdón Martín!, por hacerte recordar.
- _No pidas perdón, me hace bien recordar a mi hermano.
- _Yo no puedo ponerme en tu lugar, no tengo hermanos.
- _¡Me imagino que te sientes sola!
- _¡No sabés cuanto Martín!, hoy más que nunca me haría falta tenerlo.
- _Si en algo te ayuda, yo puedo ser tu amigo.
- _Después de lo que hiciste, te considero algo más.
- _Lo dices en serio, porque quiero decirte, que tú me gustas mucho Rosana.
- _¡Y vos a mí Martín!, ¿puedo quedarme hoy también?

Capítulo - 6

Quisiera gritar con todas mis fuerzas, para que todos puedan escucharme y que la gente entienda, que no todo es blanco en la vida.

Quisiera gritar, y hacer que el grito se transforme en otra coraza de metal, para poder sentirme a salvo.

- _ ¡Esperá Rosana!, solo quería preguntarte por Martín.
- _ Perdonáme Cecilia, estoy con la cabeza llena de cosas.
- _ Rosana, si no querés hablar de él está todo bien.
- _ ¡No!, claro que quiero contarte. Es un chico bastante agradable.
- _ Pero decime, ¿cómo te fue con él en esas horas que estuvieron solos?
- _ ¡Ay Cecilia!, solo buscamos libros, no era una cita.
- _ Pero me imagino que hablaron.
- _ Claro que hablamos, pero poco.
- _ ¿Y te gusta algo, o...?
- _ Un poco, pero ahora te dejo, tengo que ir para casa.
- _ ¿Está todo bien con tu madre?
- _ ¡Sí!, lo que pasa es que hoy le contesté mal, y quiero ir a disculparme.
- _ Bueno Rosana, nos vemos el lunes en la facu.

Como me gustaría contarle a Cecilia, lo que en verdad me pasa, pero ¿no sé por dónde comenzar? ¿Cómo le digo?, que siento miedo de vivir con mi madre, porque el hombre que está con ella abusa de mí. Que vivo en una constante amenaza, por temor a que nos mate si no hago lo que él quiere. ¿Cómo me gustaría, que la semana no tuviera sábados, ni domingos?, borrar del almanaque esos días, para que Esteban, no se haga dueño de mi cuerpo. Es triste no tener a quién pedirle que me ayude, y el temor constante con el cual debo vivir, me hace estar en una realidad oscura, donde las cosas se confunden.

Hay veces que maldigo a la vida, porque fue ella quien me hizo nacer mujer, quizá si mi cuerpo fuera hombre, no tendría tantos problemas.

Estoy deseando llegar a casa, quiero decirle a Mamá que me perdone, que no fue mi intención hablarle de esa manera. Solo espero, que no logre descifrar mis intenciones de estar lejos de casa, con el hecho de que Esteban, esté ahí. No la puedo engañar, cuando a la mañana me preguntó, sé, que lo hizo con una idea fija de que algo pasa entre nosotros.

Hay terrible cola para subir al ómnibus, lo único que quiero es conseguir un lugar, el hecho de ir a enfrentarla me hace temblar las piernas, pues ¿no sé qué me dirá?

Tal vez, verme después de que le dije que me iba a la casa de Papá, me haga sentir culpable ante sus ojos. Por suerte hay un lugar libre en el fondo, en el último asiento cerca de la puerta de bajar.

Voy a dejar a un lado estos pensamientos y sumergirme de nuevo en las hojas de esta otra historia.

¿A quién llamo?, cada vez están más cerca, ya puedo sentir sus pasos en mi miedo.
¡Qué descuida soy!, jamás mire el número del ómnibus.
No puedo llamar a Cecilia, ella vive en Barros Blancos, demasiado lejos. Cuando llegue hasta aquí, solo encontrará partes de mí.

¿A quién llamo Dios? Espero que él pueda ayudarme, que pueda venir a salvarme.
Le mando un mensaje de texto, ¡no!, mejor lo llamo, necesito ayuda lo antes posible.
Le sonará extraño escuchar mi voz, y en verdad lo voy a entender si no quiere venir, porque después de todo, no lo trate de la mejor manera la última vez que nos vimos. Yo sé que estuve mal, pero el estar cerca de un hombre solo me deja un pensamiento, y él me hace ponerlos a todos en la misma bolsa.

_Llama... ¡Hola Martín!
_Hola, ¿quién habla?
_Martín, soy Rosana.
_¿Cómo conseguiste mi número?
_Cecilia me lo dio, pero no tengo tiempo.
_¿Qué pasa Rosana? Parece que estás llorando.
_Martín, ¡estoy perdida!
_Rosana, ¿dónde estás?
_Me tomé mal el ómnibus Martín, estoy en Aviación Civil.
_¡Quédate tranquila!
_Estoy tranquila, pero no tengo plata para volver, y hay dos tipos que me vigilan.
_¡Espera!, ¿de qué tipos hablas?
_¿Podés ayudarme Martín, me estoy sintiendo extraña?
_¡Ya salgo!, no te voy a dejar sola.

Ahora lo único que puedo hacer es esperar, y seguir en guardia. Mejor me arrimo hasta la ventanilla, por lo menos ahí está el hombre que vende boletos, no creo que estando él se animen a venir y hacerme algo.

Ya no queda nadie, el último ómnibus acaba de salir, solo las cuatro bombitas de luz me mantienen lejos de la oscuridad y de ellos.

¡Apuráte Martín!

Los voy a seguir mirando, para que sepan que yo sé que están ahí. Con cada paso que ellos den hacia mí, yo daré la misma cantidad hacia atrás, y así seguir fuera de su alcance. El correr no es un opción válida, porque no tendría adonde ir, no conozco a nadie por aquí. Sería una estupidez tomar un camino en algunas de estas calles, esa sería la forma más sencilla de morir, y dejar que encuentren mi cuerpo tirado en una zanja.

Mientras las bombitas sigan encendidas, tengo posibilidades de seguir respirando.

Hace media hora que llamé a Martín, sin embargo, parece que hubieran pasado horas, el tiempo es constante a la hora de confabular con mi desesperación.

Comenzaron a caminar hacia mí, y ahora cualquier cosa puede pasar. ¿Cómo no me di cuenta? ¿En qué momento cerró la ventanilla de los boletos? No tengo salida, estoy sola con ellos.

No me van a tocar. Aunque sea con las llaves voy a defenderme, no se las voy a hacer fácil, de ninguna manera voy a morir sin pelear.

_¡Hola negrita!, ¿te quedaste sola?
_¡No se acerquen!
_No tengas miedo, solo será un momento.
_Si me tocan, se quedan sin ojos.
_¡Ah!, sos valiente.
_¡Soy sí!, ¿por qué no se van a la mierda?
_Vení para acá negra puta.

_¡No la toquen!
_¿Y vos quién sos marica?
_Soy su amigo, ¿por qué?
_Bueno, a vos también te vamos a dar.
_¡En serio!, ¿estás bien Rosana?
_Sí Martín, estoy bien.
_Quédate atrás mío Rosana.
_¿Vos también sos valiente como la negrita?
_¿Por qué no se van y nos dejan en paz?
_¡No!, los vamos a cortar a los dos.
_¡No creo!, porque yo también vine armado.
_¡Para flaco no tires, pará, está bien nos vamos!
_Quiero que se vayan, no quiero matarlos.

_Gracias Martín, me salvaste.
_Está bien, sube en la moto que nos vamos.

No quiero imaginar lo que me hubiera pasado si Martín, no llega. Nunca creí que se pudiera sentir tanto miedo, mi respiración ascendió hasta el ahogo. Llegué a sentir que mi cuerpo se derretía entre la angustia y la impotencia. Por suerte todo pasó, estoy viva otra vez.

Con firmeza mis brazos se enredan en su cintura, mientras la moto nos aleja del peligro. Parece que las luces de la ciudad y el olor a lo conocido, se hacen desear ante nuestros ojos. Hasta el sonido del caño de escape que retumba en cada esquina, se hace esquivo a la hora de escuchar su grito.

Mis dedos se entrelazan con firmeza para darme tranquilidad, y para poder sentir su cuerpo. El tiempo parece detenerse, y la noche con lentitud se aleja con su oscuridad.

Cierro los ojos por un instante, los sonidos se apagan, se pierden en el silencio, solo me dejo llevar en el vacío.

Ya estamos a salvo Rosana, acá es donde vivo. Es una pensión pobre, pero el alquiler es barato y es limpia. Entremos, voy a prepararte un café, así te quedas más tranquila.

Pasa, puedes ponerte cómoda, no tengo mucho pero, no se puede pedir demasiado. Si quieres usa la cama, por ahora no tengo sillas. ¡Qué nochecita de viernes!

_Nunca voy a cansarme de agradecerte Martín.
_Lo hice con gusto Rosana.
_¡No sabía que tenías moto!
_No es mía, la robé para ir a buscarte.
_¡Pero Martín...!
_Está bien Rosana, te prometo que hoy mismo la devuelvo.
_Martín, ¿por qué andás armado?
_¡No pienses mal de mí!, yo no soy así.
_No quiero hacerlo, pero...
_No voy a hacerte daño Rosana, el revólver es de plástico.
_¡Estás loco Martín!

Capítulo - 7

Algo cambió en mi vida, hoy tengo un sentimiento nuevo que logra llenarme. Es tan fuerte y amplio, que opaca lo malo que vive en mis pensamientos. Algo diferente a todo lo que he sentido, es más que solo alegría, puedo oírlo recorrer con total libertad los espacios vacíos de mi cuerpo. ¡Creo que estoy enamorada!

Será verdad todo lo que dicen sobre el amor, que es capaz de cambiarte y de hacerte volar sin tener alas. Hay un hormiguelo en mis dedos, que llega hasta mi boca cuando pronuncio su nombre.

Me siento tan feliz y pensar, que yo creía que la vida se había obsesionado conmigo, que únicamente me haría sentir olvidada; sin embargo, hoy más que nunca le doy gracias, por hacerme descubrir una nueva faceta del amor.

Lo prometido es deuda querido diario, acá estoy para contarte todo.

Es lunes, estoy en casa, un día más en la facu quedó atrás. Pero hoy fue diferente, ya dejó de dolerme el ir a clases, ahora hay alguien que me espera entre cuadernos.

Quiero contarte un secreto querido diario, pero tenés que prometerme que quedará entre nosotros. No quiero que Mamá se entere que no fui a quedarme en la casa de Papá, ella saldría con un montón de prohibiciones, si se entera que me quedé en otro lado. Aún no es momento para contarle todo lo que vivo, y menos decirle que le mentí. A vos sí puedo confesarte que el fin de semana, me quedé en casa de Martín.

La primera noche me brindó comida y una cama donde dormir, mientras él lo hacía en el piso. El domingo a la noche, fue diferente. Compartimos la cama, y también hicimos el amor.

Si supieras todos los besos que me dio, pensarías que es mentira, si te digo que fueron más de mil.

¡Querido diario!, si pudieras sentir lo que yo siento, entenderías que el amor te da un plus para pensar que todo puede ser posible, y que lo malo es solo pasajero.

Voy a dejar que las cosas sigan pasando a su ritmo, no quiero forzar el destino y que algo cambie. ¡Y hablando de destino!, me pregunto, ¿cómo seguirá la vida de Gabriel?

Con el único rezo que recordaba de su pasado, Loén, regresó a su casa dándole el último adiós a la granja y a sus muertos, sin saber que el niño que un día ayudó a nacer seguía con vida.

Los días se marcharon sin despedirse y le dieron paso a la calma, y en casa de Loén, gracias a las plantas curativas Moté, se había salvado. Solo las cicatrices en su espalda delataban lo que había sufrido, todo ese dolor que lo dejó a un suspiro de la muerte. Con cautela, comenzaba a dar sus primeros pasos en esta su nueva vida; y es que toda su familia estaba convencida que después de lo que había pasado, estar de pie era como volver a nacer.

Loén, aprovechó que su Negro no se encontraba para contarle a Moté, lo que había sucedido en casa de la señora Elizabeth. Pero luego de escuchar a su madre, quiso encontrar respuestas.

_Madre, ¿qué le pasó a Gabriel? ¿Por qué me hizo esto?

_No tengo esa respuesta Moté.

_Yo lo quería como un hermano madre.

_Jamás sabremos qué ocurrió con ellos, ni cómo fue que todos murieron.

Ayer pasé por la granja, pero me mantuve a distancia para no revolver en mis recuerdos, pero igual puede verlos ahí, la señora Elizabeth, caminaba de la mano con Gabriel, y se veían tan felices. Sé que fue solo una ilusión, un pensamiento, pero en verdad me gustaría que siguieran vivos, porque los extraño Moté.

Loén, los extrañaba, pero nunca supo que Gabriel, seguía vivo, y que se había marchado con sus pasos en silencio, sin tener noción del tiempo y sin pensar en las horas.

Sediento y cansado, se encontró en un lugar que no conocía. Un diminuto arroyo se hacía espacio entre los árboles, el agua se encendía con el reflejo de la luna y corría desbocada golpeando las piedras a su paso.

Arrodillado en la orilla calmó su sed y lavo su cuerpo, despojándose de la sangre seca de su padre, y en la oscuridad de su alma lloró, mientras las estrellas lo iluminaban.

Aunque era apenas un joven, no sintió miedo, porque esa noche la soledad le hizo compañía.

Cuando el sol salió, con el agua como testigo pensó en ponerle fin a su vida y encontrarse con sus afectos. Después de todo, ya no le quedaba nada, estaba solo, y el amor de su madre había quedado en el pasado.

Se subió hasta lo alto de un árbol, en la última rama puso sus pies pronta a

saltar, pero no pudo hacerlo. En esos segundos interminables donde la muerte lo llamaba, una voz le susurró al oído. ¡No lo hagas! Tienes que vivir tu vida, casarte, tener hijos y envejecer.

Gabriel, supo de inmediato que aquella voz era de su madre, que aún en su ausencia, igual seguía cuidándolo. Por eso abandonó su idea de morir, y decidió regresar al camino para buscar su destino.

Caminó durante algunos días, hasta que una mañana llegó al pueblo. A ese mismo pueblo donde su padre, cada noche se emborrachaba y se alejaba de él y de su madre.

Mientras camina, la tierra se pega a su ropa, como la gente que pasa a su lado y lo mira como extraño, como nacido en otra época.

Para Gabriel, todas aquellas personas son igual que hormigas, yendo de un lado a otro, hay tanto movimiento, tantas caras y ningún familiar.

Llegó hasta un callejón que se apretaba entre el bar y la barbería, y allí se dejó caer contra unas tablas para poder descansar. Cerró sus ojos por un momento para intentar dormir un poco, quizás al despertar todo lo malo ya no estaba, había sido solo un mal sueño.

Ni siquiera todo el bullicio que se escapa por las paredes del bar, lograban despertar a Gabriel, el sueño lo había hecho prisionero.

Hasta que un golpe en sus botas, le sacudió las piernas y lo trajo de vuelta a la realidad.

No logró ponerse de pie, ni siquiera responder a los golpes que le propinaban y que llegaban a todo su cuerpo, por aquellos dos hombres delante de él. Sin causa, ni motivo, lo atacaron sin decir palabra. Durante unos cinco, seis minutos lo golpearon, hasta que al final decidieron levantarlo del piso mientras le pedían el dinero. Con su boca ensangrentada Gabriel, les rogaba que no lo golpearan más, porque él no llevaba dinero consigo, y así fue que lo dejaron luego de revisarlo por completo. Su cara había sido transformada en tragedia, y su cuerpo con ganas de quebrarse.

En ese momento Gabriel, comprendió que siendo bueno como su madre le había enseñado, no conseguiría sobrevivir. Fue allí que por segunda vez en su vida, vio a su sangre alejarse de su cuerpo.

Decidido a cambiar sus enseñanzas donde todo era de color blanco, se levantó y caminó, y con cada paso que daba, comenzó a ganar más y más fuerza; y en ese instante aquel nuevo sentimiento llamado venganza, comenzó a sentirse bien. Llegó hasta la puerta del bar y esperó, adentro los dos que lo atacaron reían, se jactaban de haberle propinado una gran golpiza a un vagabundo. Gabriel, esperó estático, hasta sus ojos se mantuvieron sin pestañear, fijos, esperando el momento justo para tenerlos frente a frente; y así poder vaciar de

una vez por todas, todo el odio que lo alimentaba.

Cada persona que sale del bar mira a Gabriel, lo observan firme y pronto para la batalla, igual que un gladiador anhelando ver a su adversario.

Hasta que de pronto, salió un hombre elegante y bien vestido, con el pelo blanco, también la barba. Salió acomodándose el sombrero, que dejaba ver en su costado una pluma algo descolorida. Pero detrás de aquel hombre, salieron los dos que atacaron a Gabriel, esos dos que él tanto esperó.

Asombro, fue lo que sintieron al ver a Gabriel, que parecía ileso ante la golpiza, y más aún, se mantenía en pie como si nada le hubiera sucedido.

El hombre elegante, también observó a Gabriel, y mirando hacia un costado llevo su mano hasta el bolsillo del chaleco en su traje, de donde extrajo un habano para luego llevarlo hasta su boca. Prendió el habano y preguntó.

¿Qué quieres muchacho? Pero Gabriel, no contestó, hubo un silencio interminable.

Te pregunté, ¿qué quieres? ¿A quién buscas en este pueblo? Y de nuevo el silencio fue la respuesta, ni una sola palabra salió de la boca de Gabriel, que apenas dejaba salir una respiración entrecortada.

Al no encontrar respuestas, les encomendó a los dos hombres que parecían ser sus empleados, que lo hicieran hablar.

Quédese tranquilo jefe, nosotros lo vamos a hacer soltar palabras, parece que no le alcanzó todos los golpes, y tal vez quiere más.

Comenzaron a bajar los escalones de madera, hasta que Gabriel, los detuvo con estas palabras:

“Es muy fácil pegarle a alguien que ya está en el piso, ahora veremos si son capaces de soportar los golpes, cuando esa persona está de pie” Al escuchar estas palabras, la cara de aquellos tres cambió repentinamente, hasta la borrachera se les fue de pronto, y ahora el miedo tomó el lugar que antes tuvo la risa.

Primero uno se abalanzó intentando agarrarlo desprevenido, pero Gabriel, dobló su cuerpo para luego incorporarse, mientras su atacante vuela unos cuantos metros. El segundo fue un poco más cauto, pensó en la manera de cómo hacerle daño, ya que su amigo permanecía inconsciente y sin poder brindarle ayuda. Intentó darle un golpe, no pensó que Gabriel, fuera tan rápido, que inclinó su cuerpo hacia un costado y lo hizo seguir de largo.

Cuando ya había pasado la línea de su cuerpo, lo sujeto con firmeza del cuello, y lleno de furia se lo pudo escuchar decir, ¿quién está indefenso ahora? Era tanto el susto que tenía el desgraciado, que su cara cambiaba en una gama de rojos y azules, y Gabriel, seguía apretando el cuello. En ese momento la ira, lo había alejado de su conciencia. Apretaba más y más, y la sensación de poder brotaba en forma incontrolable por sus poros, no se daba cuenta que la lengua de aquel que sujetaba, se hacía cada vez más verde y larga.

Hasta que de pronto pudo escuchar. ¡Ya suéltalo muchacho, o quieres ir a la cárcel por asesino!

En ese momento Gabriel, reaccionó, salió del estado donde se sentía poderoso, volvió a la calma y respiró. Sus manos de apoco dejan de temblar, su cuerpo ya no transpira, y el corazón vuelve a su ritmo.

Gabriel, miró al hombre a sus pies, apenas respiraba. ¡Perdón!, no quería hacerle daño, permítame ayudarlo.

¡Está bien muchacho!, no te preocupes por estos dos, tú solo te estabas defendiendo. Estos inútiles que trabajan para mí, siempre están de una manera u otra metiéndose en problemas. Te pido disculpas por ellos, y déjame que me presente. Mi nombre es Sir Tomas Loy, y soy dueño de la mitad de este pueblo.

_¿Tú cómo te llamas? ¿Tienes nombre me imagino?

_Por supuesto que tengo nombre Señor, pero prefiero no decirlo.

_¡Lo entiendo!, pero de alguna manera hay que llamarte.

_Puede llamarme, cómo usted prefiera.

_Está bien, te voy a llamar Sam.

Bueno, ahora que nos pusimos de acuerdo entremos en el bar. Le diré a una de mis mujeres que te curen, y luego que te bañen, más tarde te espero para poder hablar tranquilos. Estoy seguro que podemos ayudarnos mutuamente.

Gabriel, no quiso decir su nombre, de ninguna manera quería que su nombre estuviera ligado a la muerte de sus padres. Estaba convencido, que la noticia de lo que ocurrió en su casa con su familia, aquí todos lo sabrían.

Y entró en el bar, y era todo nuevo para él, la música, el humo y las mujeres que medio desnudas reían al mirarlo. Y es que a pesar de su mal estado, y de su ropa ensangrentada Gabriel, era un joven muy apuesto, con su pelo de oro y sus ojos de primavera. En sus condiciones, igual sobresalía, resaltaba entre aquella multitud de rostros sin futuro. Y eso, lo notó enseguida Sir Loy, que pensó que la llegada del muchacho cambiaría su vida.

Gabriel, subió hasta el segundo piso escoltado por una hermosa joven, que paso tras paso camina por los escalones, y su cuerpo se mueve de izquierda a derecha, perdiéndose en una danza que invita a la locura.

Ya en el cuarto la joven le dijo. ¡Acércate un poco, para poder curarte!, no temas, no muerdo. Te pondré un poco de alcohol, y luego te daré un baño.

Estar tan cerca de una mujer para Gabriel, era nuevo. Las únicas mujeres que habían estado cerca de él, habían sido su madre y Loén. Pero aquella joven lo miraba de forma diferente, su cuerpo se agitaba, y sus enormes senos que dormían apretados en el vestido, ansiaban ser libres. Y Gabriel, en su inocencia no lograba dejar de mirarlos, y sus manos transpiraban, y eran demasiadas las ganas de tocarlos.

Luego de curarlo, puso agua en una tina esmaltada donde se lograban ver tallados de mujeres desnudas, que parecían correr, y parecían estar vivas.

Tímidamente la joven, puso su mano en el agua y comenzó a agitarla de un lado a otro, y aquella mano se asemeja a una ola salvaje que llega y se estrella contra las rocas.

En un momento Gabriel, ya no puede dejar de mirar a la joven, aunque sigue estático, sin saber qué hacer, ni qué decir.

_¿Sam verdad? ¿Por qué no te quitas la ropa y entras a la tina?

_Prefiero hacerlo solo, jamás lo hice frente a una mujer.

_Pero en algún momento tienes que hacerlo.

_¡Tengo un poco de vergüenza!

_¡Yo no!, me quitaré mi ropa, y luego tú harás lo mismo.

Y así como lo dijo, la joven se despojó de su vestido y quedó su cuerpo desnudo, nacido para el regocijo de quien pudiera mirarlo.

Lentamente entró en el agua, que se hizo bendita al ser tocada por tanta belleza, y Gabriel, ya no soportó el impulso de placer que crecía dentro y fuera de su cuerpo, que lo liberaba de su juventud.

Aquella joven se encargó de bañarlo y amarlo, y le dio todo el placer que Gabriel, nunca pensó en llegar a conocer.

Justo ahora, en la mejor parte de la historia el teléfono suena. ¡Qué raro!, este número no lo conozco, no es parte de mi agenda.

¡Hola!, si soy yo. ¿Cómo dice? Que mi padre qué...

¡No puede ser verdad! ¿Dónde está? ¿En qué hospital? Ya salgo para ahí.

¡No puede ser! Pobre mi padre, sufrió un infarto.

_ ¡Mamá, Mamá!

_ ¿Qué pasó Rosana?

_ Es Papá, tuvo un infarto.

_ ¿Qué vas a hacer Rosana?

_ ¿Y a vos que te parece Mamá? Parece que no me conocés.

_ Yo no puedo ir hija, sabés que no terminamos bien.

_ ¡Quedáte Mamá!, a mí sí me importa.

No entiendo a mi madre, parece que la vida le quitó algunos sentimientos, no es capaz de recordar que un día ella lo amó.

Tengo que seguir remando, siento que soy un pequeño bote y la marea es la vida, que sube y baja y quiere hundirme.

Capítulo - 8

- _¿Cómo se encuentra mi padre Doctor?
- _Por ahora está estable.
- _¿Qué fue lo que le ocurrió?
- _No lo sabemos bien, lo dejaron en la puerta.
- _Pero, ¿quién lo trajo?
- _¡Es lo que no sabemos!, pero sea quien sea, esa persona lo salvó.
- _¿Para cuánto tiene?
- _Su padre tuvo un infarto, pero eso no es todo.
- _¿Pero cómo está en general?
- _Tuvimos que hacerle un cateterismo.
- _¿Y se pondrá bien?
- _Me temo, que a su padre hay que hacerle un trasplante de corazón.
- _¿Puedo verlo doctor, por favor?
- _Solo un momento, sigue sedado.

Hola Papá, ¡viejo querido, no te mueras! No sé qué sería de mí, si ya no estás conmigo.

El mundo dejaría de girar, si no puedo mirar otra vez tu cara.

Soy una egoísta, porque no quiero perderte, aún te necesito Papá.

Lamento mucho tu soledad, así como lamento el hecho de que no quisieras volver a formar un hogar, me duele, porque soy testigo de que jamás dejaste de amar a Mamá.

Siempre fuiste fiel a ese amor que tuvieron, y que te hizo sentir culpable por no haber tenido la suficiente firmeza a la hora de preservarlo. Quiero decirte, que no todo fue tu culpa, Mamá tuvo igual, o más responsabilidad. Lo diferente es, que ella se escapó por el lado más fácil, decidió entregarse en otra relación solo para olvidarte.

Quiero que te pongas bien, porque tengo cosas que contarte, y quiero que compartas lo que estoy sintiendo.

La vida se trata de momentos, donde hay días que son buenos, y otros que te hacen querer estar ausente. Nunca fue más cierto el dicho, que la vida es una mano de cal y otra de arena. Pero yo quiero que nuestras vidas, las sigamos construyendo juntos Papá, no quiero que te alejes por un camino por el cual no puedo seguirte.

Me están pidiendo que salga de la sala, pero no me voy a alejar de vos, voy a estar ahí, pasando el vidrio a dos metros de tu cuerpo.

Me siento cansada, el sueño me llama con insistencia, pero no me voy a dormir y abandonar a mi padre. Prefiero seguir leyendo, para no pensar en otra cosa.

Luego de algunas horas, Gabriel, convertido en otra persona bajó las escaleras hasta el salón del bar, donde Sir Loy, lo esperaba sentado, y en la mesa dos vasos y una botella de whisky sin abrir aguardaban en silencio.

_¡Pareces otro Sam!, ven siéntate, quiero hablar contigo.

_Antes que nada, quiero darle las gracias Sir Loy, por todo.

_Está bien Sam, ¿cómo estuvo el baño? ¿Margaret, te atendió bien?

_¡Sí!, fue muy amable conmigo.

_Porque si no es así, me dices y haré que la azoten.

_¡No Sir Loy!, no haga eso. Ella fue muy buena.

_Bien, entonces pasemos a lo nuestro. Quiero que realices unas tareas para mí.

_¿Y qué tareas son esas Sir Loy?

_Sam, tu pareces un muchacho inteligente. No eres igual a todos estos idiotas que viven aquí.

_Yo también pienso igual.

_Sam, yo necesito a una persona que esté a mi lado.

_¿Y usted cree, que yo soy esa persona?

_Si tienes lo que necesito, sí.

_¿A qué se refiere?

_Esa persona tiene que saber leer y escribir, ¿tú sabes leer y escribir verdad Sam?

_¡Por supuesto que sí!

_Bien Sam, porque la persona que no sabe leer y escribir, es solo un animal más.

_Yo me considero un hombre Sir Loy.

_Entonces, no se hable más, trabajarás para mí. Ahora brindemos.

De esta manera fue como Gabriel, sin quererlo se sumergió en un mundo de vicios y de maldad, donde la palabra bueno, no existe; y todo lo puro que un día tuvo su vida, quedó hundido entre el whisky y las malas compañías. Todo ese mundo donde su padre fue creyente, y donde el placer vive subiendo las escaleras, hoy también es parte en su vida.

El destino siguió su curso. Tres años después Gabriel, era la mano derecha de Sir Loy, tomaba todas las decisiones, buenas y malas. En ese tiempo se había convertido en un hombre diferente, vacío y sin escrúpulos; sin temor a nada, ni

a nadie, que caminaba llevando a cuestas un morral con algunas muertes guardadas lejos de la memoria.

Se dejó crecer la barba y el bigote, el niño bueno y puro que un día fue, había quedado atrás, allá en la granja entre las cenizas.

La vida continuó, pero hay veces que las preguntas que se hicieron en el pasado, regresan y quieren encontrar sus respuestas; necesitan una verdad para no morir en el olvido.

El negro de Loén, jamás pudo superar lo que le pasó a su hijo Moté. El mirar su espalda, que se asemeja a un pedazo de tierra rajada, abierta y llena de surcos, lo lastima. De esa manera tenía la espalda Moté, repleta de caminos y senderos.

De alguna manera, necesitaba calmar su dolor por ver a su hijo mutilado, y la impotencia lo enfurecía, lo hacía pensar en buscar a los culpables y darles muerte.

Su pasado de guerrero lo motivaba con insistencia, pero, ¿dónde hallarlos?, si ni siquiera conocía sus rostros.

Decidió decirle a Loén, que iba al pueblo, que lo habían venido a buscar para ayudar en la construcción de un establo, que en un par de noches regresaba. Pero todas aquellas palabras eran mentira, su deseo de venganza lo arrastraba al pueblo, y fue ese deseo el que tentó a la muerte.

Su intención, era la de hacer preguntas a los blancos, quizás alguno le daría la respuesta que él buscaba, algún nombre que seguir. Preguntó en dos, tres lugares, y en todos ellos tuvo la misma respuesta negativa. ¿Está seguro, no escuchó hablar de un joven negro al que lo marcaron? Esa fue la pregunta que hizo. Hasta que alguien en el bar comentó que un negro estaba en el pueblo haciendo preguntas, y como un soplo que apaga una vela, llegó a oídos de Sir Loy; que más que cualquier otra cosa en el mundo, amaba el odio que sentía por cuanto negro existía. Dijo, ¡no me gusta que anden en mi pueblo haciendo preguntas!, y le dio un golpe a la mesa haciendo volar lejos el vaso de whisky.

_Sam, quiero que te encargues. Hazlo arrepentirse por venir al pueblo.

_Yo me encargo Sir Loy.

_Quiero que sufra Sam, Llévate a Peter, y a Bob, para que te ayuden.

_¿Qué quiere que haga después con el negro Sir Loy?

_Sam, quiero que te deshagas de él. ¿Soy claro?

_¡Más que claro Sir Loy! Ese negro se va a arrepentir de haber venido.

A todo esto, la noche hacía un buen rato que se había hecho presente, mientras los tres caminaban rumbo a las afueras del pueblo. Al llegar a la casa del herrero, vieron salir al Negro de Loén, lo vieron acomodarse el sombrero de paja, como agradeciendo.

Gabriel, miró a sus dos cómplices, y enseguida les ordenó que lo tomaran por la espalda. Cuando lo tuvieron inmóvil fue Gabriel, que llegó por el frente, miró al negro a los ojos y le dijo:

En este pueblo, los negros tienen prohibido hacer preguntas, y con la culata del revólver lo golpeó varias veces, y se quedó en silencio mientras con

una sonrisa en su boca, lo miró desplomarse.

Le ataron las manos y los pies, vendaron sus ojos, callaron su boca y lo arrojaron por el barranco que moría en el río. Ese fue su final, ya no habría preguntas, tampoco respuestas.

Días después, las horas le dieron paso al sol, y Loén, comenzó a preocuparse por su Negro.

La incertidumbre gritaba desde adentro, quería saber que había pasado, ¿por qué no había vuelto aún?, y todos esos pensamientos rebotaban en su cabeza. Esperó hasta el mediodía, y decidió salir a buscarlo con la esperanza de encontrarlo en el camino. Que siguiera vivo, era lo que más pedía, sin embargo, algo en su cuerpo respiraba diferente, como un presentimiento lleno de tragedia. Pero Loén, era fuerte, no sentía miedo a lo desconocido, su libertad le daba la fortaleza que necesitaba para seguir adelante.

Se subió en su mula, y en soledad la llevó por el sendero caminando entre las hojas.

Moté, la observó marcharse y quiso seguirla a pie, pero Loén, no se lo permitió. Le dijo, que prefería que se quedara en la casa, que ahora él era el jefe, que el pueblo no era un buen lugar. ¡Quédate con tus hermanos Moté!, no puedo perder a alguien más de nuestra familia. Y girando la cabeza se fue, se alejó perdiéndose en el horizonte, llevando de compañía al sol que de apoco le daba diferentes formas a su sombra.

No se detuvo a dormir, necesitaba llegar y encontrar a su Negro, poder abrazarlo otra vez, llevarlo de regreso a su casa con su familia.

Muchas cosas pasaban por su cabeza, intentaba no pensar en todas ellas, y menos en las malas, pero era inevitable no hacerlo.

Los hombres blancos no quieren a los negros, nos consideran bichos raros, no piensan que nosotros también sufrimos, que sabemos llorar igual que ellos.

¡Espero encontrarlo, espero encontrarlo vivo!

Aunque Loén, nunca había ido al pueblo, luego de un día y medio de andar entre colinas y cerros, llegó a un poblado, llegó guiada por el latir de la sangre que la llamaba.

Una a una Loén, golpeó cada puerta preguntando por su Negro, y aunque todos sabían de su muerte, ninguno se atrevió a decir nada. Hasta que Loén, llegó a las puertas del bar. ¡Estoy segura, que aquí alguien me dará una noticia del paradero de mi Negro!

No se animó a entrar en el bar, el sonido que se escapaba y que salía de allí, le decía que no lo hiciera.

Un borracho se asomó pronto a salir, pero al ver a Loén, que permanecía parada afuera con su pollera de arco iris y su pañuelo en la cabeza, decidió volver a entrar cayendo de espaldas. No fue su culpa, pero justo fue a caer sobre la mesa de Sir Loy, que se encontraba en pleno juego de Póker.

—¿Qué haces maldito borracho?

—¡Perdón Sir Loy!, es que afuera hay una negra parada, y da miedo.

_¡No puede ser!, primero un negro, y ahora una negra.

_¿Estás seguro que viste a un negro?, o es todo el alcohol que has bebido el que te hace ver cosas.

_¡Se lo juro!, está parada afuera.

_¿Cuántos negros más tendré que soportar? ¡Los odio a todos!

_¡Deje que yo me encargue Sir Loy!

_Es toda tuya Sam. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Y fue así que Gabriel, salió furioso por la puerta, y las ganas de hacer daño caminaban a su lado.

_¿Qué quieres aquí? Primero un negro, y ahora también una negra.

_¡No puede ser! ¿Gabriel, eres tú?

Al escuchar su nombre, por un momento Gabriel, regresó a su infancia, se sintió otra vez conocido. Pero, ¿de dónde lo conocía?, porque él no recordaba aquel rostro.

_Gabriel, pensé que habías muerto, pero no, sigues con vida.

_Creo que te has equivocado negra. Mi nombre es Sam, no Gabriel.

_Tú dices que te llamas Sam, yo me llamo Loén, y sé bien que ese no es tu nombre.

Mira, yo podría reconocer tus ojos entre miles, no importa el lugar, ni el tiempo, porque yo fui la primera persona que te vio cuando llegaste al mundo. No tienes que fingir conmigo Gabriel. Ven, deja que te de un abrazo. Y Gabriel, se quedó paralizado sin saber qué hacer, pero aquellos brazos alrededor de su cuerpo se sentían tan bien, era como si los conociera desde siempre.

Déjame mirarte bien, eres todo un hombre Gabriel. Pero quiero preguntarte, ¿qué fue lo que pasó con tus padres? ¿Quiero saber cómo murieron?

También quiero que me digas otra cosa. Hace un momento mencionaste, que había venido un negro, y es precisamente por él que yo vine al pueblo. Mi Negro salió hace unos días de casa, jamás regresó, ¿tú lo viste Gabriel?, si es así dímelo, ¿está vivo?

Fue en ese momento que Gabriel, por primera vez se sintió un asesino, y un nudo demasiado grueso se trancó en su garganta. Sin poder responder con la verdad, una mentira salió de su boca.

Hace unos días pasó un negro por aquí, pero se marchó del pueblo, eso es todo lo que puedo decirte Loén, y es la verdad.

Para Gabriel, la verdad se escondía entre sombras, para él, ahora era solo una palabra sin importancia.

Sintió la necesidad, de que en el pueblo no supieran que conocía a Loén, y que esto le quitara lo que había conseguido. Por eso la llevó hasta el callejón pegado al bar, y allí a la sombra de la luna, comenzó a relatar su historia.

Nunca hablé, de lo que ocurrió en la granja con ninguna persona en este

pueblo, y nadie sabe lo que ocurrió con mi familia.

Una mañana, unos extraños llegaron a la granja. Era una familia con tres hijos que estaban de paso, y le pidieron a mi padre si los dejaba pasar la noche en nuestra tierra.

Así comenzó todo, y no sé en qué momento fue que lo malo ocurrió. Lo cierto es, que mi padre pasó la noche con la joven hija de aquella familia, y eso lo usaron para extorsionarlo y quedarse con todo lo nuestro. Mi madre no sabía del engaño de mi padre, ya que él no le hablaba, solo sabía venir al pueblo, para luego regresar borracho. Fue entonces, que mi madre no quiso entregar lo que por derecho era nuestro, y por eso me pidió que me convirtiera en un joven igual a aquellos dos que estaban en la granja.

Y fue ese mi castigo, por obedecer a mi madre tuve que hacer lo que ellos hacían. ¡Te lo juro Loén!, yo no quería hacerle daño a Moté. Tenía que ser igual de malo, y así poder averiguar que pretendían con nuestra tierra, por eso fue que lo hice.

Mi madre me halló rato después y fuimos hasta tu casa, llamamos, gritamos tu nombre, pero nadie contestó. Regresamos a nuestra casa, y mi madre se sentía más triste de lo que yo estaba, porque fue ella, quien me obligó a convertirme en una mala persona.

Al llegar a la granja, los extraños ya se habían ido, y se habían llevado todo lo que teníamos. Pero eso no fue lo que le dolió tanto a mi madre, como si lo hizo el hecho de enterarse en una carta que dejaron, donde la joven le hacía saber que había sido muy grato haber dormido con mi padre. Yo creí, que ahí mismo mi madre se moriría, pero no fue así. El sentimiento de haber sido engañada le dolía, y yo pensé, que luego de tantos años de haber luchado por su amor, no era justo lo que recibía, y creo que fue por ese mismo amor que se mantuvo en pie.

Al rato llegó mi padre, entró en la casa borracho y vio que adentro no quedaba nada, más que nosotros, su familia. Allí mismo, mi madre lo enfrentó sabiendo la verdad, él intentó irse, pero ella se lo impidió.

No creo que él hubiera querido hacerlo, sin embargo, algo le hizo darle un golpe, y mi madre calló y algo en su cabeza se rompió, y se fue su vida.

Yo intenté, te lo juro, intenté que no se marchara, porque yo me quería ir con ella, pero el frío llegó y envolvió su cuerpo. Lleno de furia me lancé contra mi padre, luchamos en el piso, hasta que pude tomar el hacha y le di muerte. Y me quedé solo, y por eso prendí fuego la casa, para quemar todos los recuerdos, porque ya no quedaba nada para mí allí.

Anduve caminando unos días, y más de una vez sentí ganas de ponerle fin a mi vida, pero una voz me dijo que no lo hiciera. Y ahora estoy aquí, sin que nadie

sepa mi pasado.

_¿Qué estás haciendo Esteban?
_¡Nada!, ¿por qué Rosana, no está?
_¡Qué te importa! ¿Por qué estás en su cuarto?
_Solo quería hablarle.
_Vos no tenés nada que hablar con ella.
_Lo que tengo que hablar, es algo que no te incumbe.
_¿Qué tenés escondido en la mano?
_¡Nada!
_¿Por qué estás revisando su diario?
_¿Sabías que el fin de semana, se quedó en la casa de un amigote?
_Ese no es tu problema Esteban.
_¡Claro que lo es!
_¿Qué decís?
_¡Ella fue mía, al igual que vos!

Soltáme Esteban, quiero que te vayas, y que no vuelvas nunca más. Ya no quiero que te acerques a nosotras. ¿Cómo no me di cuenta antes? Sos un hijo de puta, y pensar que yo creía que me amabas, pero no, solo fui una excusa para que te fuera sencillo estar con mi hija. Andáte a la mierda ahora mismo, no quiero volver a ver tu cara. Si no te vas voy a llamar a la policía, y vas a ir preso por violación. Esto no va a quedar así, lo que hiciste, tarde o temprano lo vas a pagar.
“Me voy sí, pero te prometo que no se van a librar de mí, eso te lo juro Norma.”

_Hola Rosana.
_¡Mamá, viniste!
_¿Cómo está tu padre hija?
_Estable, por ahora.
_¿Qué dijo el médico?
_Hay que hacerle un trasplante.
_¡Lo siento mucho Rosana!
_No es tu culpa Mamá.
_Claro que lo es. ¿Por qué no me contaste?
_¿Qué cosa Mamá?
_Ya sé todo Rosana, lo de Esteban.
_¡Mamá perdóname, no quise hacerte daño!
_¿Qué decís Rosana?
_Si no hacía lo que quería, me dijo que te iba a matar.
_¡Pobre mi hija!, yo te pido perdón.
_¡Ya está bien Mamá!, ahora lo único importante es la salud de Papá.

Capítulo - 9

Aún puedo sentir su aliento en mi boca, parece que fue ayer que la tuve entre mis brazos. Al principio se sentía nerviosa, su cuerpo temblaba, y el miedo a que viera su piel desnuda, la hacía ver más pura. Yo solo quería hacerla sentir segura, no era mi intención forzarla a nada que ella no quisiera, porque el hecho de mirarla y compartir sus besos, me alcanzaba para sentirme pleno.

Luego de un rato de charlar del mundo y de cosas que no tienen respuesta, nos vimos seducidos a experimentar lo que sentíamos al estar juntos. Eran tantas mis ganas por descubrir que gusto tenían sus labios, que las piernas no me respondían, se sentía tan raro, y a la vez tan grato.

Nos tomamos de la mano mirándonos a los ojos, mientras nuestros cuerpos se hacían lugar en la cama. Y fue ahí que todo se volvió silencio, ya nada podría hacernos dar marcha atrás. Un letargo nos rodeó y nos alejó de lo mundano, llevándonos por el camino de lo desconocido y lo permitido.

Primero un beso, luego otro y una caricia, que nació despreocupada y que comenzaba en su cara y llegaba hasta su ombligo, pasando antes por sus senos, donde me detuve un instante. Al rato los besos se volvieron salvajes y profundos, y las caricias alcanzaron todos los niveles de súplica y rezo. La transpiración se hizo espacio en nuestros cuerpos que se agitaban sin control, con la sensación de encontrar el ritmo perfecto que nos uniera en una danza infinita.

Las caricias inundaron su piel y mi piel, a tal punto, que fuimos uno y llegamos juntos al placer, más allá de la muralla de gritos y gemidos que colmaban de agonía toda la habitación.

Horas después, aún nuestros sexos se agitaban y respiraban el deseo que emergía desde adentro, igual que un volcán que no cesa por derramar sus entrañas.

Nos dimos una tregua entre suspiros y alientos forzados, para luego sumergirnos sin atajos en el campo fértil del deseo y la desesperación del amor. Fundimos nuestras almas al compás de besos interminables y orgasmos sedientos de libertad.

Fue la madrugada, quien nos descubrió desnudos en la cama, como dos animales moribundos que llegan hasta el ocaso de sus vidas.

Ahora ya nada volverá a ser como antes, porque su cuerpo me pertenece, como el mío a ella. Me sentí tan pleno, que dejé de sentir miedo de escuchar el golpeteo acelerado y desconocido de mi corazón cuando la recuerdo. Jamás sentí tanto amor, como el que hoy siento por Rosana.

Parece mentira que hace un tiempo, no podía ni verme, ¿quién lo iba a pensar?, que lograría ser parte de su vida.

¡Qué puedo decir!, el solo hecho de pensarlo me hace creer que el mundo, no es tan malo después de todo.

Quiero verla, volver a sentir mi cuerpo junto al suyo, poder sumergirme en su boca y llegar hasta el río profundo que habita en su sexo.

Perderme en las colinas marcadas de sus senos, y encontrar el placer que me espera impaciente, pasando la frontera de su espalda. Porque los límites, no existen cuando se entrega el alma y se abren de par en par los sentimientos.

Yo era un capullo que permanecía dormido, ciego colgando de una rama, y Rosana, fue la primavera que logró hacerme florecer. Por eso, ahora no hay horas, tampoco horizontes que puedan alejarme de su lado.

Han pasado unos días desde nuestro encuentro, sin embargo, desconozco el por qué no he vuelto a verla. Quizá no siente lo mismo que yo siento, y eso la hace estar insegura, y no quiere verme.

Hoy es miércoles, tres días he pasado sin mirar sus ojos, la facultad sin ella se asemeja a un castillo en ruinas, porque no está la princesa, solo el dragón.

Le he enviado varios mensajes de texto y también la he llamado con insistencia, pero por más que lo intento, no he logrado escuchar su voz. En este momento me siento perdido, es como si todo lo que viví con ella, fuera un sueño del cual he sido solo un visitante.

Parece una realidad diferente, pero en clase a nadie parece importarle su ausencia, es como si nunca hubiera estado aquí, incluso su nombre parece desconocido. Es tan extraño todo, no encuentro la respuesta que me haga comprender qué sucede, hay un vacío profundo en mis entrañas.

Les pregunté a varios profesores por ella, pero ninguno sabe nada, tampoco saben su paradero algunos compañeros de clase, y hubo algunos que hasta asombro mostraban al escuchar su nombre.

Es jueves, pero hoy se siente diferente. Una carta llegó a la pensión, viene de parte de una tía que vive cerca de la casa de mis padres. Me cuenta que están muy enfermos, al parecer, la edad y la falta de salud los alcanzó. También me cuenta que fueron a hacerse unos estudios, y que los resultados no son muy alentadores; y que esos resultados, los acercan cada vez más al funeral.

La diabetes de mi madre la lastimó demasiado, alcanzó su nivel más alto, donde la azúcar en su sangre vive sin límites. Por otro lado, a mi padre le descubrieron cáncer de colon en etapa terminal, con fecha de muerte abierta y desconocida.

Mi tía me escribió por su cuenta, porque mis padres no querían avisarme, y fue ella quien los hizo cambiar su forma de pensar, porque después de todo, soy lo único que tienen. Yo sé bien, que ellos también son lo único que tengo, pero quiero creer, que hay alguien más que considero importante.

Es una decisión difícil la que debo tomar, pues el ir con mis padres me aleja más de Rosana, aunque ya no sé, si ella en realidad existe.

Estoy en Tres Cruces, el pasaje con destino a Carmelo tiene su hora de salida. El ómnibus interdepartamental, aguarda en el andén. La gente ya está embarcando, y yo también tengo que hacerlo.

Hace meses que vivo en Montevideo, la capital puede ser un lugar extraño e inseguro para alguien que viene del interior, donde la inocencia y la amistad permanecen en estado puro.

Tengo que volver a lo conocido, atrás han quedado esos recuerdos que son igual que resortes en mi cabeza, que van y vienen, y que me acercan y también me alejan de ella.

El sol se cuela impaciente por la ventanilla, mientras las calles se transforman en ruta y taperas abandonadas.

El camino se pierde en kilómetros, arrastrando rostros y ruidos de bolsa de nylon

El río Santa Lucía, separa el camino y se abre paso entre juncos y piedras. El peaje hace que el ómnibus detenga su marcha. Todo queda en silencio, y en un instante el silencio se transforma en esperanza.

_Hola, ¿quién habla?

_¡Martín, soy yo Rosana!

_¡Lo sabía!, eres real, no estoy loco.

_Martín, te necesito.

¿Qué hace señor? No se puede bajar del ómnibus.

_¿A quién llamaste Rosana?
_A un amigo Mamá.
_Es raro que llames a un amigo, y no a una amiga.
_¿Qué te parece raro?
_¿Y cómo se llama tu amigo?
_Se llama Martín, Mamá.
_¿Y es lindo tu amigo?
_Mamá, ¿por qué no vas a descansar?
_Rosana, ¿vos querés que me quede a cuidar a tu padre?
_No, yo me quedo Mamá.
_Está bien, me voy a dormir unas horas, pero después quiero que vos hagas lo mismo.
_¡Si Mamá!

Cuando venga Martín, le voy a pedir que me perdone por no llamarlo antes y contarle lo que he sufrido estos días. No es justo lo que hice, el mantener distancia entre nosotros no es lo que él me enseñó. Espero que pueda entender, ¿por qué hice lo que hice? Mientras lo espero para insistirle que me disculpe por mantenerlo a distancia, ¿dónde fue que me quedé? ¡Ah sí, ya recuerdo!

Luego del encuentro con Loén, repentinamente algo en Gabriel, volvió a cambiar. Aunque intentó ocultar conocer a la negra, no logro engañar a nadie, todos se dieron cuenta de que no era así. Y es por eso que decidió, que ya no sería más la mano derecha de Sir Loy, y en ese instante la idea de quedarse con todo se hizo su anhelo.

Fue entonces, que con engaños y mentiras condujo a su jefe a un lugar apartado, donde sin sentir ningún remordimiento le dio muerte. Pero antes de quitarle la vida, lo amenazó con un cuchillo en su cuello y lo hizo firmar un documento, donde dejaba constancia que Gabriel, ahora era el dueño de todos sus bienes.

La noticia de la muerte de Sir Loy, no le importó a ningún residente del pueblo, porque en realidad, no había hombre, mujer o animal que fuera a extrañarlo. No existía ser vivo que pudiera sentir algo de afecto por él, solo favorecían a engordar su ego a cambio de una recompensa monetaria. Y así fue como Gabriel, se convirtió en dueño del pueblo y de la innecesaria ley, que fugazmente gobernaba en las cuatro paredes de la cárcel.

Un año más tarde, un carruaje se detuvo en el pueblo donde Gabriel, era el único señor de todo lo que allí respiraba. Y fue ese mismo día, que la belleza alcanzaría parte de su corazón. La joven más hermosa que había visto en mucho tiempo, y que opacaba al resto de las mujeres en el pueblo, bajó de aquel carruaje. Era una mujer tan bella, que no había hombre que no se detuviera a observarla. Su cuerpo era delgado, pero apetecible, y su piel era blanca como la brisa. En su pelo el sol se inclinaba para tocarlo, y sus manos asemejaban a la porcelana más fina, donde los movimientos de sus dedos parecían volar, mientras intenta bajar del techo su equipaje.

Pero no llegó sola. Otra mujer bastante mayor a ella la acompañaba, y que al observarla con detenimiento, era notorio que un parentesco familiar las unía.

La mujer mayor demoraba bastante en descender del carruaje, y esto dejaba ver que su salud no era la mejor. Apresurada al verla, la joven la ayudó a bajar, mientras las palabras “deja que te ayude madre” salieron de su boca. En un momento la joven giró su rostro, que mientras cruza la calle llega y se choca con el rostro de Gabriel, que en silencio y con un habano en su boca observaba todo recostado en las puertas del bar.

Solo las dos mujeres conocían su historia y su trágico pasado, que las hacía llegar arrastrando una vida repleta de necesidades, y que intentaban ocultar con su forma de vestir y hablar.

Sus raíces que hablaban de hambre y malos tratos, eran sus herencias más

íntimas.

Todo radicaba en la violencia desmedida que brotaba del padre de la joven, que cada día se encargaba de sembrar en ella y en su madre. Era tanto el castigo en sus cuerpos, que un día se cansaron de soportarlo y decidieron ponerle fin a aquella vida, dejando en el pasado todo el sufrimiento.

Y hoy el pueblo era un territorio desconocido, donde todo parecía un campo fértil para sembrar y cosechar el futuro, con el que una vez soñaron.

En sus maletas, solo viajaba la apariencia y unas pocas ropas demasiado usadas. Su viaje terminaba en el pueblo, llegar hasta él fue el final de sus últimas monedas.

Por eso la joven, llegó dispuesta a encontrar un esposo que pudiera salvarlas. Tenía algo que aseguraba un resultado inmediato, su pureza más íntima.

Y Gabriel, quiso que aquella joven fuera suya, y hacerse dueño exclusivo de toda su belleza sin perder tiempo. Desde ese día que la vio, la colmó de regalos y mentiras, a tal punto, que la sedujo por el camino de la seguridad para que fuera su esposa. Y aunque era lo que Lucía, llegó buscando, su decisión de consentimiento la haría arrepentirse de su error años después.

Dentro de los bienes que tenía Gabriel, figuraba una mansión construida en el centro de una plantación de algodón, donde incontables negros aún seguían sufriendo.

Por eso luego de casarse con Lucía, ese fue el lugar elegido por Gabriel, para vivir su matrimonio de conveniencia.

Llegaron a la plantación una mañana soleada y gris, ante la atenta mirada de los esclavos, que lejos de comprender que sucedía creían que estaban soñando. Y es que para muchos de ellos, era igual que un sueño, jamás habían visto a una mujer tan blanca, ya que la mayoría habían vivido toda su vida en aquella prisión, donde los negros luchaban por respirar.

Los carruajes repletos de ropa y regalos, llegaron por el camino de piedra hasta la mansión, abriéndose paso entre espinas y dolor.

Al observarla, lo primero que resalta es la inmensidad de sus columnas de mármol, que parece que tocan las nubes, y un poco más allá la puerta de entrada, que se abre en dos con el insistente crujir de reforzadas bisagras de bronce y cobre.

En su interior, una escalera central recibe a los que se adentraban en la mansión, y a sus pies, dos leones también de mármol hacen guardia sentados en silencio, y observaban con ojos fríos el resto del salón.

Eran variadas e incontables las estatuas y jarrones que rodeaban a la escalera, y en el centro casi llegando al cielo, una lámpara repleta de lágrimas de cristal y brazos entrelazados, permanecía estática entre las sombras.

En el segundo piso estaban las habitaciones, que eran alrededor de veinte, que se desparramaban de izquierda a derecha, y de norte a sur, pasando los límites de corredores y balcones que te alejaban de la tierra.

Tanto lujo hizo que Lucía, se sintiera una Reina, y la poca servidumbre que habitaba en la casa y que no eran más que dos negras, reafirmaban su logro llamándola Señora.

Eso la llevó a pensar, que por fin su suerte había cambiado, y aunque su matrimonio fue bastante huérfano a la hora de amar, tenía tiempo para encontrarlo.

Pero no todo era alegría para Lucía, en su nueva casa, porque aunque quedaba a media hora a caballo del pueblo, Gabriel, partía cada tarde al lugar que consideraba hogar.

Y había algo más que hacía pensar a Gabriel, y que Lucía no sabía, y era un insignificante remordimiento llamado Loén.

El hecho de haber sido culpable de la muerte de su Negro, le generaba cierto sentimiento diferente a todos los que había sentido. Y es por eso, que una tarde llegó hasta la puerta de su casa. La intención que giraba en su cabeza era la de proponerle a Loén, que se hiciera cargo de cuidar a su nueva mujer, y ser la encargada de mantener el orden de todos los negros del lugar. Le ofreció respeto y respuestas.

Cuando se lo pidió a Loén, ella no quiso tener respuestas, pero si puso una sola condición, que Moté, iría con ella. Y como Gabriel, también se sentía culpable con Moté, aceptó sin decir más que las palabras necesarias.

Así fue que Loén, dejó parte de su familia para ir con su hijo a la mansión, donde la servidumbre hoy se contaba de a docenas.

La presentación fue insignificante, apenas hubo unas pocas palabras. Loén, ella es mi esposa Lucía, quiero que la cuides y que no le falte nada.

Todo aquello que fueran respuestas, gestos, aceptación o cualquier otra demostración, no hacían falta.

Unas semanas después para celebrar la llegada de su esposa a la mansión, esta se vistió de fiesta. Todos los acaudalados y falsos varones que gobernaban en los alrededores, fueron invitados.

Las carrozas llenas de arrogancia y lujo, comenzaron a llegar justa al caer el sol. Mujeres envueltas en brillantes vestidos emergieron de ellas, mientras en sus manos, inmaculados guantes blancos dejaban relucir enormes boquillas que no dejaban de soplar humo.

Por otro lado, los hombres todos vestidos de negro con galera y bastón, quebraban sus brazos para brindar el apoyo a exuberantes cuerpos.

Dentro de la mansión, los bailes dejaban notar la lujuria, y los corredores exteriores eran testigos callados de encuentros amorosos, donde nada estaba prohibido.

Mientras en la mansión el placer y la indiferencia se tomaban de la mano, afuera un mundo de hambre y muerte, latía sin ser escuchado.

Al poco tiempo hubo una tragedia en la mansión. Lucía, quedó sola luego de la muerte de su madre, ya que la pobre no pudo soportar más su enfermedad y murió a los seis meses de haber llegado.

Por suerte Lucía, logró encontrar refugio y consuelo en Loén, porque Gabriel, solo estaba parte del día en la casa, prefería volver al pueblo y al placer dado por las prostitutas.

Esta soledad y el sentimiento de abandono llevó a Lucía, a buscar algo que pudiera calmar esa sensación, y es por eso que tiempo después quedó embarazada. Al invierno siguiente, nació su primera hija, una niña hermosa a la que decidieron llamar Abril.

Ahora Lucía, tendría algo que sí era suyo, y que le daría algo de paz a su interior.

El tiempo siguió su camino con lentitud, donde en las tardes observó a madre e hija caminando hasta la vieja hamaca que colgaba en el cansado roble, y allí se

quedaban las dos por largas horas.

Un día la mansión terminaba de maquillarse para recibir a los invitados, que llegaban para el aniversario número tres de la niña Abril.

La casa se hallaba repleta, las carrozas se apilaban por toda la propiedad, donde los choferes inútilmente intentaban mitigar el frío soplándose las manos en aquella noche invernal.

La mayoría de aquellos invitados, eran cómplices de Gabriel, hombres con poder y riquezas que no les pertenecían.

Los regalos de la pequeña Abril, inundaban el salón contiguo al principal, donde las mesas desbordaban de comida.

Y en los platos ubicados en el centro, la carne se mantenía caliente, y a su alrededor los postres y las bebidas se esparcían dando distintas formas.

El champagne en las copas burbujeaba derramándose en el piso, polinizando el aire con un aroma dulzón.

Todo era color y alegría, o eso parecía, ya que Gabriel, no intentaba ocultar sus conquistas, involucrándose con cada mujer aunque fuera casada, y que le mostrara algo de piel. No respetaba a Lucía, ni en su propia casa.

En la noche, luego que la fiesta terminó y toda la gente se había retirado, fue que borracho y sin control, tomó a su esposa a la fuerza.

Llena de repudio Lucía, buscó refugio en Loén, que luego de escuchar aquella atrocidad fue a increpar a Gabriel, para intentar enderezar un árbol que hace mucho tiempo crece torcido.

Sin quererlo Lucía, esa noche por segunda vez quedó embarazada.

Luego de siete meses, nació otra niña, a la que por voluntad propia decidió llamar Clara.

Con el correr de los años, ahora eran tres las mujeres que se agrupaban bajo el apolillado roble, que nació pasando el camino que se abre paso entre la plantación. Como un triángulo, las tres sabían que debían permanecer siempre unidas para intentar ser felices. Y fue en ese momento que Lucía, comprendió que jamás podría amar a Gabriel, lo único que la unía a él, eran sus hijas.

Por el bienestar de las niñas, y solo por ellas, es que hoy lo soportaba.

Capítulo - 10

Ahora debo detenerme un instante en la historia que estoy contando, ya que todas las personas que aportaron detalles, palabras y pruebas al relato, no son conscientes de lo que sucedió durante algunos años. Es difícil creer, pero es la verdad, es como si el tiempo se hubiera detenido colocando una pausa a la vida. Parece que la gente toda, tuvo amnesia, o tal vez, una pérdida temporal de la memoria.

La realidad, es que luego de diez años una carreta en ruinas llegó a la plantación. En ella una familia viajaba de un lugar a otro, buscando un destino que pudiera brindarles seguridad. Llegaron hasta el límite de la propiedad y esperaron sin pisar la hierba, no sin antes solicitar ser recibidos por el dueño. Esa mañana Gabriel, se encontraba recorriendo la plantación, donde el algodón florecía blanco, y ya casi se hallaba pronto para ser recogido. Peter, uno de sus dos empleados más fieles fue quien le avisó, le dijo que una carreta con extraños lo estaba esperando en la entrada.

Un recuerdo de su pasado regresó hasta Gabriel. Al escuchar las palabras, “una carreta con extraños” ellas lo llevaron en un instante al día de la muerte de su madre. Luego de muchos años, un dolor antiguo volvió y lo hizo sentir que, quizá la vida lo quería poner a prueba. Sin pensarlo más, acudió hasta donde la carreta esperaba sin moverse. La sorpresa de no saber con qué se encontraría, en un segundo convirtió la cara de Gabriel, en extraña.

Al llegar y pronunciarse como dueño de todo, tres personas bajaron de la carreta. Era un hombre, su mujer y un hijo de una edad cercana a los catorce años.

Mientras Gabriel, preguntó que deseaban, el caballo que soportaba un esqueleto de huesos y piel, calló muerto luego de un último relincho. Y aquel sonido de final, y que era antesala de la muerte, también tocó el corazón de Gabriel, porque aquellos ojos en el suelo, se parecían demasiado a otros ojos de su infancia.

Después de mucho tiempo, el sentimiento de lástima invadió a Gabriel, que decidió contratar a la familia para que trabajasen para él. Al hombre lo puso a cargo de todos los esclavos, y a la mujer, a ella la ubicó en la cocina, en cuanto al muchacho, a él le dio la tarea de cuidar a todos y cada uno de los caballos. Así fue como comenzó la vida de aquella familia en la plantación, donde esclavos africanos y de otras regiones trabajaban por una paga de pan y agua. Pobres alamas con diferente color de piel, que fueron arrancados de sus tierras, de sus familias, separados con violencia y vendidos sin protesta.

Obligados a recorrer un camino de agonía, hambre, frío e incontables torturas, los que llegaban solo lo hacían para morir entre espinas y algodón. Alberto, el hombre que llegó en la carreta, trabajó mucho tiempo haciéndose cargo de esclavos, y aunque era un hombre blanco, su forma de pensar se acercaba más a la de un hombre negro. No soportaba la idea de que un hombre, no se pudiera sentir dueño de su libertad. Tampoco estaba de acuerdo con la esclavitud, pero nada podía hacer al respecto. Él solo cumplía órdenes, era un empleado entre tantos, otro esclavo.

Pero ser un empleado, no lo obligaba a dejar de ser como era, un hombre justo y bondadoso.

Por eso en las noches, y ante la promesa que no escaparían, aflojaba los grilletes de todos los esclavos. Por algunos minutos les permitía aunque fuera solo a sus pies, respirar algo de libertad.

Entre las sombras su hijo Raúl, observaba las acciones de su padre, que si fueran descubiertas, llevaría de nuevo a su familia a volver a la nada. Por suerte Raúl, también heredó los mismos sentimientos de su padre, la misma ideología de igualdad.

Entre una cosecha y la otra, la vida siguió su ritmo. Y un día Clara, se cruzó con Raúl, y aunque vivían en la misma tierra, jamás se habían visto. Sus vidas estaban separadas por clase social, ella lo tenía todo, en cambio él, no tenía casi nada, pero esto nunca fue un impedimento entre ellos.

Eran solo dos jóvenes inquietos, que provenían de mundos diferentes. Ella había sido criada entre lujos y sueños, sin embargo, todo lo que la rodeaba no la cambiaba de cómo era en realidad, una joven dulce, delicada y más que nada sin ambiciones.

Por otro lado Raúl, era un hijo pobre, criado con cariño y respeto, humilde y decidido. No conocía la riqueza y no la necesitaba, se conformaba con lo poco que tenía, una familia, su ropa y un lugar donde dormir.

Cuando los dos jóvenes se miraron en aquella tarde soleada, no pronunciaron ninguna palabra, dejaron que los ojos hablaran. Desde ese momento comenzaron a sentir cosas que no comprendían, y es que sin saberlo, de una manera impensada sus caminos se unirían.

Aunque tenían menos de quince años, esa edad no los limitaba a la hora de expresar lo que sentían. Sus miradas se cruzaban cada vez que podían, pero nunca habían hablado, y no es porque no quisieran hacerlo, es que a Clara, la cuidaban en todo momento. No se juntaban las hijas del dueño con el resto, era una regla que Gabriel, hacía cumplir hasta las últimas consecuencias.

Pero la clase social, no era un impedimento para ellos, por eso el mirarse y atreverse a sentir cosas, estaba permitido entre los dos.

Y todo ocurrió sin pensarlo, Raúl, se encontró con Clara, que mirando al cielo caminaba sola, ya que su nana había quedado más atrás recogiendo la ropa. Sin sentir miedo, y dejando a un lado el pensamiento sobre lo que hacía, se atrevió a hablarle.

_Hola, soy Raúl, el hijo del encargado.

_¡Sí, lo sé!

_No quiero ser irrespetuoso pero, ¿cuál es tu nombre?

_Mi nombre es, Clara.

Desde ese momento, comenzó una relación de largas charlas e interminables palabras. Se encontraban cuando podían, ella se escapaba de su nana, que aterrada la buscaba por toda la plantación, preguntándole a todos los esclavos por ella. Estos eran en parte cómplices en la relación de amistad de los jóvenes, no podían ser menos agradecidos, ya que Clara, a escondidas repartía agua sin mirar la hora.

Sin buscar recompensa, mitigaba la sed y el calor de aquellos pobres, y si fuera por ella, también les daría el pan sin esperar a la noche.

Pero Clara, y Raúl, nunca se veían en el mismo lugar, y procuraban que desde la casa nadie los viera. Ellos sabían que su relación no sería bien vista, principalmente por el padre de ella, que consideraba menos al resto del mundo.

Todos sabían que Gabriel, abusaba de las personas cada vez que podía, demostrando así, ser parecido a un hombre.

El miedo a que a ella la llevaran lejos, y que él tuviera un final incierto, los hacía pensar si estaba bien verse a escondidas. Pero no lograban evitarlo, era más fuerte que los dos, a tal punto, que no dejaban de pensar uno en el otro.

_Por un momento pensé que no existías, llegué al punto donde la verdad se me hacía esquiva. Cuestioné hasta el cansancio mis sentimientos, porque una parte de mí quería encontrar tu nombre. Estos días viví sin verte, sin poder mirarte a los ojos, sin escuchar tu voz. Pero luego un pensamiento cruzó por mi mente, tal vez, ella no sintió lo mismo que yo. No quiero sonar pesado, ni atosigarte con todas las preguntas que necesito que respondas. Por eso solo voy a preguntarte, ¿por qué, desapareciste de mi vida Rosana?

_Tenés razón Martín, todo lo que te diga no justifica el haberte mantenido a distancia. Quisiera pedirte disculpas por no contestar tus mensajes, ni devolverte todas las llamadas que me hiciste. La verdad es que, siempre me las arreglé sola cuando tuve problemas, y al separarse mis padres me partí en dos, y quizás eso me convirtió en una persona más insegura, que prefiere solucionar todo a su manera. Cuando me conociste, yo vivía en una coraza que no dejaba entrar a nadie, y vos llegaste para cambiar eso. Luego de mucho tiempo, donde solo me sentía bien estando en soledad, vos Martín, fuiste ese salvavidas que logró rescatarme. No tengo perdón por lo que te hice, pero luego de contarte cómo vivía antes de conocerte, espero que me perdonen.

_¿Por supuesto que te perdono Rosana!
_Me alegra mucho que lo digas.
_Pero, ¿qué sucedió? ¿Por qué estás en el hospital?
_Es por mi padre Martín.
_¿Qué le ocurrió, cuéntame?

¡Claro! El lunes a la noche luego que volví de la facu, estaba leyendo la historia que ya sabés, cuando sonó el celular. No conocía el número, ni la triste noticia que me darían. Mi padre había sufrido un infarto. ¿Te imaginás?

Pude sentir que el mundo se me caía encima. Cuando salí corriendo en pijamas para llegar al hospital, al corazón lo traía en la garganta.

Solo pensaba en llegar, la idea de no volver a ver a mi padre me hizo llorar como nunca. No pensaba en nada, ni tenía ganas de pensar en nadie.

Aunque está en lista de espera para un trasplante de corazón, está vivo.

Fue un momento donde me olvidé que podía contar contigo, porque cuando más me hiciste falta vos estuviste. Por eso no voy a cansarme de pedirte disculpas por mantenerte lejos.

Me alegra mucho que vinieras, verte me da la felicidad que hoy necesito. Quiero que conozcas a mis padres Martín. ¿Querés ir con nosotros?, por suerte en la tarde le dan el alta. ¿Venís?

Capítulo - 11

_¡Ya vamos para casa Papá!

_¿Cómo hacemos Rosana con tu padre?, no podemos ir todos en la ambulancia.

_Yo voy con Papá, vos Mamá te vas con Martín.

_¡Está bien hija!, los seguimos con el auto.

Tengo que cambiar las cosas. Intenté encontrar otra persona que me hiciera olvidar a Javier, pero solo me estaba mintiendo. Ningún hombre me dio lo que tuve con él. Hice lo posible para continuar con mi vida, pero siempre me faltó eso que solo lo tenía con Javier. Aún no sé, ¿por qué nos separamos?, porque al principio todo era perfecto. Debe ser como algunas personas dicen, que solo los primeros diez años, son donde el amor se mantiene intocable. Luego de ellos, es costumbre, o tolerancia. Jamás creí que nuestras vidas tomarían caminos tan distintos. Ni siquiera nuestra hija Rosana, fue suficiente para mantener a nuestra familia unida.

¡Pobre!, ella fue rehén de nuestro matrimonio, y yo sé que he sido egoísta con su vida. No logré ser comprensiva, no la escuché todo lo que ella necesitaba. No le dimos alternativa, solo la obligamos a vivir en dos casas, a escuchar todas nuestras quejas y no escuchamos las suyas.

De alguna manera, yo soy culpable de lo que sucede, pero voy a cambiar este futuro que hoy vivimos. Ni bien llegue, lo primero que haré será hablar con Javier, quiero pedirle perdón por irme y alejarlo de mí. Si es necesario le voy a rogar para que me deje volver y ser parte de su vida. Ya no voy a seguir negando el amor que todavía siento por él.

Solo espero que me acepte, y que sepa perdonar mis errores. Llegaré al punto de proponerle volver a comenzar todo de nuevo, como el primer día, intentar llevar a nuestra familia a una reconciliación. ¿No sé si me aceptará?, igual tengo que intentarlo.

Pero hay algo más que debo hacer para estar tranquilos, y es vender la casa donde vivimos. Ya no es seguro seguir ahí, la posibilidad de que Esteban, regrese, es una idea que me aterra. No puedo permitir que nos ubique. ¡Sí!, eso será lo segundo que haré, pondré la casa en venta. ¡A este chico, se lo nota muy preocupado!

_¿Todo bien Martín?

_Sí señora.

_¿Estás seguro que está todo bien?

_Sí, lo que ocurre es que...

_No culpes a Rosana, por no avisarte.

_¡No claro!, yo la entiendo.

_Sabés lo que pasa, ella es un poco cerrada.

_Yo la entiendo, se bien qué se siente.

_Tú tienes familia Martín.

_Sí, pero vive lejos en el interior.

_¿Los extrañas?

_Claro, todos los días.

_Lo digo, porque la familia siempre es lo más importante.

Descansá viejo. Quedáte tranquilo, todavía falta para llegar, recién estamos en los accesos. ¿Por qué no dormís un rato?, yo te cuido Papá.

Espero que Mamá no atosigue a Martín, que no lo haga sentir extraño. Ella suele ser algo indiscreta, no es consciente que a veces no piensa lo que dice.

No quiero que cuestione nuestra relación, solo quiero que la entienda y la acepte.

La vida es una historia, donde cada día algo nuevo ocurre. La nuestra es una incógnita, pero por suerte esta otra historia no.

Y ese sentimiento de inseguridad a Raúl, lo hacía sentir menos. Cuando en las noches recordaba sus encuentros de interminables miradas y risas, no encontraba ese camino que lo llevaría a recorrer un futuro con Clara, y ese pensamiento lo atormentaba. El no poder brindarle la estabilidad a la que ella estaba acostumbrada, era su mayor castigo.

Y pensar que todo hubiera sido más fácil, si solo se lo hubiera preguntado. Porque Clara, no soñaba con lujos, le bastaba con saber que el hombre que se encontrara a su lado, la amara por lo que ella era.

Ya había pasado un año desde la primera vez que se vieron, sin embargo, ahora sus encuentros eran cada vez más frecuentes, no querían evitarlo. Una necesidad de estar juntos surgió con el tiempo, y era una unión difícil de entender, pero solo para aquellos que no han conocido el amor. Y lo que sentían se iba incrementando, creciendo y llevándolos hasta que desembocó en aquel encuentro, cuando dejando todo a un lado se dieron su primer beso. En ese instante, todo fue como lo habían soñado, donde el tiempo igual que en un cuento se detuvo, y solo el movimiento de sus labios al encontrarse, modificó el silencio. Hubo un segundo donde sus almas fueron estremecidas, mientras los dos se hallaban ahí, parados sin saber qué hacer después.

Apenas tenían quince años, pero sus cuerpos juveniles habían cambiado, y se encontraban llenos de deseos por entregarse a las caricias y a los abrazos. No tenían miedo de la verdad, y no querían que nadie se interpusiera a lo que estaban sintiendo.

Después del primer beso, querían algo más, la necesidad de sus cuerpos no se conformaba solo con besos y caricias, querían experimentar que habitaba bajo la ropa, entregarse definitivamente.

Y se encontraron en su lugar secreto. Era un establo abandonado, y que ellos creían que se hallaba fuera del alcance de otros ojos. Una cosa llevó a la otra, y sin darse cuenta sus cuerpos se hicieron uno, y todo se transformó en movimientos desesperados y olores furtivos. No dejaban de tocarse, de besarse, su desnudes no era importante, y los prejuicios e inhibiciones no existían. Nada más querían ese encuentro y aprovecharlo al máximo, no pensaban en el mañana, solo en el ahora.

Y las caricias se hicieron infinitas y rebasaron el límite de los besos, donde el placer terminó derramando su llanto.

Se mantuvieron juntos por algunas horas, así, unidos, desnudos igual que al nacer. Abrazados él le prometió que la amaría siempre, pero necesitaba saber si ella también sentía lo mismo, a lo que Clara, con una sonrisa en su boca y

acentuando con su cabeza, respondió a su pregunta.

Luego se vistió, y apresurada corrió hacia la casa, mientras Raúl, la observaba alejarse sin dejar de pensar en ese momento que lo hacía sentir completo.

Clara, entró en la casa, tenía la necesidad de compartir lo que sentía y lo que había vivido, lo feliz que se encontraba. Por eso fue hasta la habitación de su hermana Abril, que al verla entrar por la puerta, la notó emocionada sin reconocerla. Luego de observarla por unos segundos le preguntó qué tenía. Clara, sin saber por dónde, comenzó a relatar su encuentro.

*—¡Ay Abril!, me siento tan feliz hermana.
—Me da mucha alegría verte así Clara.
—¡Sí!, me siento en las nubes, soy como un pájaro.
—¿Pero de dónde viene tanta alegría Clara, cuéntame?
—Hoy descubrí mi cuerpo Abril, hoy me entregué a Raúl.
—¿Quién es Raúl?
—¿No sabes de él, hermana?, es el hijo de Alberto, el encargado.
—¡No conozco su nombre!, ¿pero dime más?
—¡No sé por dónde comenzar!, mi cuerpo todavía está temblando.
—Veo en tus ojos Clara, que has encontrado el amor.
—¡Sí Abril!, mi estómago no deja de hablar.
—Clara, tienes que tener mucho cuidado.
—¿Por qué lo dices hermana?
—Por nuestro padre Clara, no puedes dejar que lo descubra.
—¡Es verdad!, me dejé llevar por mi impulso sin pensar en él.
—Y hay otra cosa Clara, no puedes contárselo a nadie.
—¡Quédate tranquila Abril!, no se lo diré ni siquiera a nuestra madre.
—Es lo mejor para ti. Ahora quiero que me cuentes todo, pero no en la casa, porque aquí todo se escucha, mejor salgamos.*

Las dos hermanas salieron y pasaron la tarde en la hamaca en el viejo árbol, hablando, riendo como lo hacían desde pequeñas. Pero no solo en la casa se escuchaban cosas, entre los negros corría el rumor de una fuga. Al parecer tres esclavos tenían la intención de escaparse cuando llegara la noche, aprovechando la oscuridad. Cansados de tanto castigo y hambre, consiguieron un viejo mazo y un cincel, y entre golpes y sangre lograron quitarse los grilletes de pies y manos.

Aunque Loén, no estaba enterada de las intenciones de los negros, Moté, que pasaba sus días entre la casa y la plantación, si se enteró. Y es por eso que llegó antes de que se fugaran, para intentar hacerles cambiar su forma de pensar.

Él sabía que aquel intento de encontrar su libertad, solo los iba a conducir a la muerte. Moté, haría todo lo necesario para evitar más muertes. Se paró frente a los tres que ya se sentían libres, y les dijo:

*—Hermanos no lo hagan, esto terminará mal.
—¿Qué decís negro?, para vos es fácil.
—¡No!, no lo es. Por eso no quiero que mueran.*

*_A vos que te importa, si vos no sos esclavo.
_Es verdad, nunca lo fui, pero igual me siento preso.
_¡Salí del camino negro!
_¡Está bien!, pero antes quiero mostrarles algo.*

Moté, se sacó su camisa y les mostró las marcas en su espalda, aquellas que seguían tan vivas como antes, y que eran para él lo que significaba tener libertad.

Les contó que se las habían hecho siendo un niño libre, y que eso demostraba que su color siempre lo haría ser esclavo.

Con sus marcas, quería de alguna manera hacerles ver que si se escapaban, ellos no llegarían a tenerlas. Pero los tres no abandonaron su sueño de libertad, y se escaparon entre las sombras y el algodón.

Cuando creían que lo lograrían, sintieron el ladrido de los perros que pudieron olerlos, y esto puso en alerta a los guardias que hacían rondas por la mansión. Enseguida avisaron a Gabriel, que por un capricho, o por un cruel destino, se encontraba en la casa.

Al escuchar la noticia de fuga, bajó las escaleras con los ojos fuera de sus órbitas, y los dientes rechinando en señal de frustración. Pasó junto al refugio donde vivía Alberto, para reprocharle por no saber de la fuga, y sin dejar de mirar su cara gritó “Suelten a los perros”

Los persiguieron por varias horas adentrándose en el bosque, más allá de los límites de la plantación, y los arrinconaron junto al río. Sin tener para donde escapar, los guardias que llevaban antorchas en sus manos, les cerraron todo intento de escape iluminando sus cuerpos. Aterrados en el piso solo miraban con ojos desesperados, y observaron a Gabriel, que con el revólver en su mano llegó hasta ellos mientras les gritaba, “Cómo se atreven a escapar” Alberto, al ver que aquellos tres iban a morir allí mismo, intentó calmar a Gabriel, pidiéndole perdón por ellos, rogándole para que les diera otra oportunidad. Hizo todo lo posible, pero fue en vano.

Sin más palabras, tres disparos cortaron la noche, y ese fue el final, tres disparos y una carcajada.

Pero sin encontrar la satisfacción que necesitaba y viendo los cuerpos ahí caídos, se lo escuchó decir, “los perros tienen hambre, denles de comer esa carne”

Alberto, se sintió mal por no poder ayudarlos, aunque se enfrentó a su patrón por ellos, todo lo que significaba eso, no fue suficiente.

Y Gabriel, al pasar caminando a su lado le murmuró. No quiero que vuelvas a interponerte en mis decisiones, o de lo contrario, tú tendrás el mismo final que

estos tres. Quiero que entiendas bien, en estas tierras yo soy el dueño, yo decido quién vive, o quién muere. En este lugar soy Dios, y también el Diablo. Espero haber sido claro.

En ese momento Alberto, sintió mucha rabia, pero no le quedó otra alternativa que contenerse, pues, no solo su seguridad estaba en juego, también la de su mujer y su hijo.

Aquel fue el primer enfrentamiento con Gabriel, de ahora en adelante por el tiempo que estuviera ahí, tendría que tener cuidado, ya que hoy sabía de lo que Gabriel, era capaz.

Regresaron a la plantación donde Alberto, con tristeza le relataba todo lo sucedido a su mujer, mientras ella aterrada lo escuchaba sin lograr moverse. Le dijo, el patrón no tiene una gota de sangre en sus venas, parecía que disfrutaba darles muerte a esos hombres. Y sin que ellos lo supieran su hijo Raúl, escuchaba toda la conversación, y mientras lo hacía, pensaba en su relación con Clara.

A los pocos días después hubo un encuentro entre los dos jóvenes, como tantas otras veces, aunque ahora lo hacían con más confianza.

Clara, le confesó que no sabía nada del paradero de dos de sus amigos, siendo esa la palabra con que ella llamaba a los esclavos.

Entonces le preguntó a Raúl, si él sabía algo, o si su padre como encargado conocía sus paraderos, a lo que él respondió que no, aunque le estaba mintiendo. Por eso, y siendo un poco inocente con lo que podría pasar, le sugirió, ¿por qué mejor, no se lo preguntas a tu padre?

Clara, no entendió porque se lo decía, y menos comprendió su reacción de alejarse luego de planteárselo.

Pero pasaron algunos meses y algo ocurrió. Fue cuando Clara, pudo notar que su hermana Abril, se había puesto demasiado delgada. Su cuerpo ya no era el mismo, ella disimulaba su aspecto esquelético con largos vestidos hasta el piso y enormes mangas. Clara, no se había percatado que se encontraba tan mal, ni siquiera lo notó cada vez que invitó a su hermana a caminar, y ella le contestaba que se encontraba cansada.

La observó recostada en su cama, y su piel parecía de papel.

Clara se acercó hasta ella para preguntarle qué sentía, pero su hermana la miró para decirle que se quedara tranquila, que solo estaba cansada. Clara, se alejó de la habitación de su hermana, pero preocupada por ella fue hasta la habitación de su madre, para preguntarle si era consciente del estado de Abril. Al entrar, observó a su madre que estaba terminando de vestirse, y ahí fue testigo, que en su espalda eran notorios una gran cantidad de golpes. Un

escalofrío corrió por su cuerpo, era evidente que algo pasaba en la casa, pero ella se encontraba ajena a lo que ocurría.

Y más fue su preocupación, cuando al consultarle a su madre sobre las marcas que intentaba ocultar, ella solo respondió que no era nada. Clara, no entendía porque su madre y su hermana estaban tan diferentes, hasta que descubrió la verdad. Su padre era el culpable de todo, él golpeaba a su madre solo por el hecho de que ella, no quería pasar la noche a su lado.

Y esto enojaba tanto a Gabriel, que descargaba su frustración con su hija Abril. La mantenía encerrada en su habitación, prohibiéndole abandonar la casa. Ella le suplicaba que la dejara ser como antes, poder caminar, ser libre, pero Gabriel, no quería escucharla.

El calvario de Abril la había llevado a dejar de comer por días, y esto hizo que su cuerpo comenzara a irse. Hasta que ya no pudo soportar aquel castigo, y solo abrió sus brazos y voló por la ventana. Apenas tenía veinte años, la plenitud de una vida por delante, pero se marchó llevándose los recuerdos de muchacha dulce.

Clara, quedó destrozada, no comprendía como su padre fue capaz de matar a su hermana. El dolor de no tener a quién contarle sus cosas, el haber perdido a su única confidente, llevó a Clara, a cuestionar su vida.

Un arrebató de ira condujo a Lucía, a enfrentar a Gabriel, pero él solo la sacó a un lado con su brazo, y se alejó por la escalera. Pasó junto a Clara, que también iba a enfrentarlo, pero ni siquiera le prestó atención.

Los sirvientes lo vieron bajar de a dos los escalones, y no quisieron ni mirarlo, lo conocían demasiado, sabían cómo era.

La casa comenzaba a derrumbarse, la muerte innecesaria de su hermana y su pobre entierro casi sin llanto, los golpes a su madre y todo lo que no conocía, hacían que Clara, sintiera ganas de vivir en otro lugar.

Ese año la cosecha fue arruinada, por el clima que cambió sin aviso.

Pero aún faltaba una tragedia más, y esta afectaría a blancos y negros por igual.

Capítulo - 12

- _¿Cómo se encuentra tu padre Rosana?
_Está bien Martín, por suerte ahora está en su casa.
_¡Me hubiera gustado ayudarte más!
_¡No digas eso!, yo siempre conté contigo.
_Tengo que irme Rosana.
_¡Pero!, ¿por qué?
_Es necesario.
_¿Podés quedarte?, si querés claro.
_¡No me parece bien Rosana!
_Mirá Martín, yo solo quiero estar contigo, ¿no te das cuenta?
_¡Yo también!
_Y entonces, ¿cuál es tu problema Martín?
_Me preocupa mucho saber, ¿qué pensarán tus padres?
_¡Ay Martín! No soy una niña, mis padres no controlan mi vida.
_¿Tú estás segura, que no hay problema?
_¡Sí! Y para que te estés más tranquilo, nosotros dos vamos a dormir afuera, en una carpa. ¿Qué te parece?
_Para mí está bien Rosana.
_¡Bueno!, voy a traer la carpa, y mientras vos la armás, yo preparo algo para comer. Hay muchas cosas que quiero decirte Martín.
_Rosana, ¿a tu padre no le importa que yo me quede contigo?
_Martín, hace años mi padre me dijo. Hija, cuando no estés segura de lo que vas a hacer, y ese algo puede cambiar tu vida, usa preservativo.
_Es un buen consejo. ¿Estas hojas son de la historia aquella que encontramos juntos?
_¡Sí!, quedan pocas para el final. ¿Querés que te lea?
_¡Claro!, nada me gusta más que escuchar tu voz Rosana.

Una mañana de agosto, cuando el año (1767) corría, un telegrama proveniente del pueblo y con carácter de urgente llegó a la plantación. Fuera de todo pensamiento una noticia inesperada, llegó para cambiarlo todo. Gabriel, recibió aquella noticia sin entender bien su significado, porque la palabra guerra era nueva para aquella época, y ella venía acompañada con otras palabras igual de terribles. El telegrama dejaba leer en forma sencilla, que el ejército había roto su juramento, y que cegados por la codicia los soldados decidieron apropiarse de bienes, propiedades y todo aquello que fuera de valor. Dejando a un lado la tarea de mantener el orden y proteger a los ciudadanos, ellos prefirieron rebelarse. ¿Quién lo iba a pensar?, que una guerra puertas adentro se abriría paso destruyendo al País. Pero la guerra, solo puede entenderse cuando la ambición de los hombres, ya sea por riquezas, tierras o quizá por la necesidad de saciar sus sed de sangre, es más fuerte que cualquier otro pensamiento.

En el telegrama, también se informaba que el ejército rebelde ya había invadido gran parte del País, y que el pueblo y la plantación eran sus próximos destinos.

De un día para el otro, la mansión se convirtió en un caos. Gabriel, trataba de salvar y esconder todo lo que era de valor, y lo que no fuera de su importancia, él mismo se encargaba de quemarlo. Mandó a cargar todo en carretas para poder marcharse con lo que le quedaba de su familia, pero esto no funcionó. Su esposa Lucía, allí mismo lo abandonó diciéndole que, ella no iría con él, y que Clara, pensaba de igual manera, prefiriendo morir las dos, a seguir viviendo a su lado.

Esto enfureció a Gabriel, que sin tener otra salida prefirió marcharse llevándose toda la riqueza, y ningún afecto.

Lucía, y Clara, corrieron hasta el refugio donde Alberto, vivía con su familia. Cuando este las vio llegar tan agitadas, no supo qué ocurría. Luego de escuchar la noticia de boca de Lucía, sin pensarlo dos veces y por decisión propia, dio la orden de soltar a todos los esclavos. Los pobres no sabían qué hacer, adonde ir o donde esconderse, y es que para la mayoría la plantación era todo lo que conocían.

Como todo en aquellos tiempos, el telegrama había llegado tarde, porque esa misma noche los estruendos de los cañones y el resonar de la metralla se escuchaban ya instalados en el pueblo.

En casa de Alberto, su mujer aprontaba algunas ropas y comida, mientras Raúl, afuera ensillaba los caballos. Ahora debido a que eran más las personas que los caballos, muchas cosas tendrían que dejarlas ir.

Ya era de madrugada cuando los cinco montaron y partieron. En ese momento

intentaban no mirar atrás, pero la luz que provenía de la casa que ardía y de la plantación donde el algodón se quemaba con total libertad, hacían imposible no hacerlo. Todo se había perdido casi sin avisar.

Clara, no entendía como el hombre era capaz de tanto daño, destruir, matar sin mirar a quien, y todo ¿para qué? Para adueñarse de cosas que no les pertenecen, usando a la muerte como excusa. Eran muchas las preguntas que pasaban por su cabeza, y ninguna respuesta que pudiera entender.

Así cabalgaron por varios días escapando de la muerte, escondiéndose en casas abandonadas en su camino, buscando un destino que les era incierto.

En su viaje, se cruzaron con personas de diferente color, que igual que ellos también huían de la muerte, que no hacía diferencia con la edad, tampoco con la piel.

Los cinco se alejaron cientos de kilómetros de la plantación, y es que en realidad no sabían con certeza hasta donde había llegado este enemigo uniformado y rebelde.

Llegaron a una de las ciudades más grandes del Estado, donde por suerte la guerra aún no se respiraba. Pero sin querer esperar su llegada, muchas familias juntaban sus cosas y emprendían el viaje, el temor a morir los llevaba a dejar sus negocios y hogares.

Nadie sabe con certeza quién lo inició, sin embargo, un grito convertido en esperanza corrió por la ciudad y envolvió a la gente, que solo quería recuperar lo que por derecho era suyo.

Hubo una reunión llegada la noche, todos los hombres y niños que pudieran sostener un arma, o un machete fueron convocados.

Raúl, y su padre se unieron sin pensarlo, ellos también lucharían contra aquel enemigo. Eran personas comunes, sin experiencia en armas o estrategia, la mayoría campesinos, herreros y esclavos. Con una unión fortalecida y con la idea de recuperar todo lo perdido, tratarían de dar batalla aunque sus vidas fueran el precio a pagar.

En ese momento, nadie era más que el hombre parado a su lado, apenas un puñado de manos que buscaban ser libres, o morir en el intento.

Clara, se sintió morir cuando se enteró que Raúl, también formaría parte en esta guerra. Pero era consciente, ella no tenía derecho para detenerlo, su único deseo era estar con él antes de verlo partir.

Tal vez su encuentro sería el último, después ya no habría tiempo, ni vida.

La noche antes de que los hombres marcharan a intentar lo imposible, Clara, y Raúl, se encontraron a solas y sin miedos a ser vistos, ya no importaba cuántos

fueran los ojos que los observaran unidos.

Se abrazaron como la primera vez, mientras él intentaba quitar algunas lágrimas, y ella con delicadeza acariciaba sus manos. Era su momento, por eso decidieron darse su tiempo. Querían estirar las horas, y hacer a la noche eterna. Demorar al sol para poder amarse sin prisa. Se besaron más allá de toda pasión, y sus manos recorrieron sus cuerpos sin pausa por el camino de la tolerancia. Clara, se hizo parte de Raúl, y él llenó todos los espacios vacíos entre los dos.

Se amaron toda la noche, y aunque no querían separarse, no había vuelta atrás. Para lograr estar siempre juntos, había que hacer un último sacrificio, y ese pensamiento llevó a Clara, hasta el vacío que se encuentra en el llanto.

Raúl, intentó calmarla diciéndole que, para estar unidos él tendría que alejarse y luchar para lograrlo, pero ella se negaba a aceptarlo.

Raúl, se vistió y se alejó de Clara, ya no quiso mirar sobre su hombro, prefirió llevarse el recuerdo de aquella piel que amó.

Esa mañana partió el grupo de hombres y niños, su número no era mayor a cien, sin embargo, era tan grande la esperanza en sus caras, que los hacían parecer miles.

Hay veces que la maldad te persigue, aunque no quieres que ella te encuentre, igual te alcanza.

Sin que Clara, y su madre lo supieran, tendrían que enfrentar cara a cara a la maldad, porque ni en cien años hubieran pensado que pasaría después.

En la misma ciudad, Gabriel, se encontraba escondido y viviendo en el prostíbulo, aparentando ser otra persona.

Él supo de Clara, y en ese instante una idea que solo a su trastornada mente se le hubiera ocurrido, se cruzó por su cabeza. Par volver a ser el hombre que era y recuperar su poder, tenía pensado entregar a su hija como una esclava a un oficial de alto rango, y con ello conseguir un futuro en un nuevo gobierno. Poseía información que no muy lejos de la ciudad, a unos doscientos kilómetros, había una propiedad que pertenecía a un Coronel rebelde. Pensó, que mejor manera de establecer mi compromiso con la causa, que entregando a mi propia hija. Y eso fue con exactitud lo que hizo.

Aunque Clara, intentó escapar y hasta dejó marcas en la cara de Gabriel, no lo logró. Lucía, tampoco pudo hacer nada, no existía a quién pedirle ayuda, todos los hombres ya no estaban, solo quedaba algún borracho incapaz de sostener un arma. Pero si lo maldijo con la voz quebrada. “Te maldigo Gabriel, si Dios existe, algún día tendrás que pararte frente a él”

Gabriel, entregó a Clara, luego de abofetearla ante su intento de rebeldía.

Ahora ella, tendría que soportar cosas con las cuales jamás soñó. Sin saber qué hacer, Lucía, buscó a la única persona que conocía en la ciudad, la madre de Raúl, en esos días solo se tenían una a la otra para sobrevivir. Pero más importante que sus vidas, era la situación de Clara, ellas intentarían de cualquier forma encontrarla. El no saber que sería su vida, los tormentos y torturas a lo que se vería expuesta, era algo que las impulsaba a golpear en cada puerta.

Pero para Clara, el tormento comenzó al cerrarse la puerta a su espalda. El Coronel la hizo desnudar ante la atenta mirada de varios soldados, los que reían al observarla desprotegida e indefensa. Clara, intentaba tapar su intimidad con sus pequeñas manos, más ese día todos abusaron de ella, para luego golpearla y arrojarla en la habitación más alejada de la casa.

Fue tratada como una cualquiera y alimentada igual que un perro, donde en su cuello una cadena la mantenía prisionera y alejada de la humanidad.

—¿Cómo te sentís Javier?
—Bien.
—¿Necesitás que te alcance algo?
—¡No!
—¿Querés un poco de agua?
—¡No!, Rosana, ¿dónde está?
—No te fuerces Javier, está afuera con Martín.
—¡Ah bueno!
—¿Querés que la llame?
—No Norma, dejála.
—¿Te duele el pecho Javier?
—Verte me hace bien Norma.
—¡Quiero que me perdones Ja!
—Hace tiempo que nadie me llama así. Y perdón, ¿por qué?
—Vos sabés porque necesito tu perdón.
—Ya no importa Norma, ahora estás acá.
—¡Te amo Javier, siempre lo hice!
—Está bien, no llores.
—¿Sabés una cosa Ja?
—¿Qué Norma?
—Me alegra saber que Rosana, heredó el mismo corazón que su padre.

Me siento muy feliz de nuestra hija Norma. Sé que no le hemos hecho la vida fácil, pero ella es fuerte, siempre sale adelante. Durante los años que estuvimos separados, no supe qué decirle cuando me preguntaba si ya no te amaba. Ella no era capaz de entender, ¿por qué sus padres se habían separado? La hicimos pasar cosas que no se merecía. Ningún hijo merece vivir en dos casas, la familia siempre tiene que mantenerse unida, buscar la forma de seguir juntos siempre, reencontrar el amor.

Me acuerdo cuando nació, y yo la sostenía con una sola mano. Era tan pequeña y peluda, tenía tanto pelo, ¿te acordás?

Me parece mentira que hoy ya tenga veintidós años, y que sea toda una mujer libre de elegir su futuro, sin embargo, mis recuerdos me llevan al ayer, a ese día en que abrió sus ojos inocentes.

Recuerdo que pasamos días buscando un nombre para ella. Vos tenías una lista enorme que terminaban en vocal, otros que eran de flores y una gran cantidad que te sugerían tus familiares. Yo nunca te lo mencioné, quizá le quité importancia. La verdad, yo nací en otro País donde los nombres son distintos a los de acá, que son tradicionales.

No recuerdo si alguna vez te lo comenté Norma, ¿sabés?, en mi familia existieron ancestros con nombres raros, extraños para este lugar.

Recuerdo que una vez, mi madre me contó de un familiar que fue muy importante cuando vivió. Aún recuerdo su nombre, y luego de escuchar su historia de lucha y dolor, ¿no sé por qué razón o destino?, yo quería que nuestra hija lo mantuviera vivo. Pero vos elegiste el nombre de Rosana, y noté que con él eras tan feliz, que no quise que lo cambiaras. Yo quería que nuestra hija se llamara como aquella negra. Yo quería llamarla Loén.

Para Rosana:

Me quedé el resto de la noche, observándote en silencio. Quise guardar en mi mente la imagen de tu cuerpo, para convertirlo en un recuerdo permanente. Respiré hasta el último instante antes de irme el olor de tu piel, para que él pudiera entrar en mi piel y hacerlo parte de mí para siempre. Me es difícil encontrar las palabras adecuadas, y más difícil es poder decírtelas mirándote a los ojos. ¡Soy cobarde por hacer lo que hago!, lo sé. Por eso prefiero escribirte esta carta, de esta manera sé bien que a los dos nos dolerá menos.

Lo que viví contigo fue distinto a todo, y nada podrá ser más fuerte, te lo juro. Tú me permitiste volar, a tu lado descubrí que el amor es capaz de cruzar cualquier muralla, incluso, hasta esa que es prohibida cuando es diferente el color de piel.

Quiero que sepas que te llevaré conmigo donde vaya, y la distancia, será solo una palabra en un renglón. Espero que entiendas porque me voy. Alguien me dijo, que la familia es lo más importante. Tú tienes tus problemas, y yo tengo los míos. Solo espero que puedas solucionar tus cosas, que tu padre pueda ser trasplantado con éxito, que tu madre vuelva a ser feliz con él, porque se nota que aún lo ama.

Rosana, para ti quiero lo mejor del mundo, aunque yo no gire en él.
Te pido perdón por no decirte adiós. Te amo.
Martín.

CAPÍTULO 13

He leído esta carta hasta el cansancio, sin embargo, sigo sin entender, ¿por qué me duele tanto? Hoy hace dos meses que Martín, se marchó, y aunque su partida sucedió sin que me diera cuenta, su ausencia sigue lastimando mi corazón. Por más que lo intento, no puedo olvidar sus recuerdos, aún se sienten demasiado frescos.

Busqué con todas mis fuerzas quitarlo de mi mente, pero algo en mí no me permite hacerlo. Su partida fue como la muerte, había tantas cosas que quería descubrir a su lado, pero ya no puedo hacer nada. Cuando me dejó la carta, también dejó su teléfono, ahora no puedo llamarlo, ni hablarle. Quizá lo hizo porque no quiere que lo moleste con mis cosas, si es así, lo entiendo.

Quisiera ir a buscarlo y decirle que lo amo, pero no puedo hacerlo, mis padres me necesitan. Ellos, de apoco han comenzado a darse otra oportunidad, y eso me hace muy feliz. Siempre quise que mi familia viviera en un solo hogar.

Al irse Martín, una parte de mi corazón prefirió no latir, porque fueron tantos los besos que nos dimos, que hoy mi boca se siente seca. Sin su presencia, no sentí ganas de volver a escribir en mi diario, tampoco sentí ganas de seguir leyendo. Pero no puedo volver atrás el tiempo, por eso creo que la vida tiene que seguir su curso. Es momento de dar vuelta la última hoja, y terminar con esta historia.

Una semana entera llevaban los hombres caminando, cuando llegaron a un poblado donde el ejército quemaba las casas y mataba a todo lo que se cruzaba en su camino.

Escondidos detrás de los árboles, observaban con asombro sin poder hacer nada para cambiar tan cruel destino. La incertidumbre comenzó a recorrer entre niños y hombres por igual, sin saber cómo vencerlos.

Era un pequeño batallón el que debían enfrentar, no más de setenta soldados, pero era su primera batalla, su primer acercamiento a la muerte.

Esperaron en silencio hasta la madrugada, y fue antes de que el sol saliera cuando decidieron iniciar la lucha. Solo duró una hora, por suerte para ellos los soldados ofrecieron poca resistencia. Las pérdidas humanas fueron escasas, y para aquellos hombres que solo buscaban su libertad, su logro valía cada una de las vidas perdidas.

Raúl, luchó junto a su padre como un hombre más sin sentir miedo a morir, aunque era poco más que un niño.

Luego de su victoria, decidieron descansar unos días en el poblado para curar a los heridos, reconstruir las casas y enterrar a los muertos.

Era tanto lo que Raúl, extrañaba a Clara, que decidió escribirle una carta, aun sabiendo que no la recibiría. Pero necesitaba de alguna manera decir lo que sentía. Luego de escribirla, la guardó en el bolsillo de la camisa, a un costado de los sentimientos.

Diez días ya habían pasado desde su primera victoria, cuando volvieron a emprender su marcha.

Ahora con más ganas, y con la esperanza floreciendo sin parar, dejaron atrás el poblado. La idea de recuperar sus tierras y afectos, ya no parecía tan lejana.

Pero lejos de allí Lucía, y la madre de Raúl, intentaban llegar hasta donde Clara, era prisionera. Hicieron lo impensado por encontrar la casa, hasta que alguien les indicó donde se encontraba.

En dos caballos llegaron al lugar, en la puerta dos soldados hacían guardia noche y día. No sería fácil lograr sacar a Clara, porque para llegar a ella necesitaban sortear a los guardias. ¡Pero y adentro!, no sabían con qué se encontrarían. Quizá había más soldados, tal vez, ellas también quedarían prisioneras.

Esperaron a cien metros de la casa, para así observar quién entraba y salía. Presentarse en la puerta y preguntar por ella, sería como entregarse, era evidente, tenían que hallar otra forma de entrar.

Encerrada en la pequeña habitación, en un diminuto rincón entre las sombras

se hallaba Clara, sin saber si alguna vez volvería a ver a Raúl.

La mantenían desnuda, su cuerpo lleno de golpes e impotencia se encontraba muy lejos de lo que una vez fue. Su mente permanecía lejos de lo real, en un lugar donde se confundían sus pensamientos.

En la soledad pudo descubrir, cómo el amor que antes tuvo por su padre, hoy era solo vergüenza de sentirse su hija.

Un mes había pasado desde que los hombres dejaron la ciudad y comenzaron su camino, encontrando en él sufrimiento y muerte, pero también libertad.

Mientras caminan, Alberto, le comentó a su hijo que se sentía orgulloso de él, pero le recriminó por no haberle contado su relación con Clara. Raúl, solo le contestó, que no lo hizo por temor a que no lo aprobara. Fue cuando su padre, le contó lo que él tuvo que afrontar en su relación. Tu abuelo, tampoco aprobaba lo mío con tu madre, pero nuestro amor era más fuerte hijo, por eso te entiendo.

Las victorias de los hombres se hicieron más y más, tanto, que corrió la voz e hizo que más hombres se unieran a la causa. En cada pueblo, aldea o casa que llegaban, lograban erradicar la maldad devolviendo la paz a la gente.

Y todos aquellos logros, estaban haciendo que muchos soldados quisieran desertar, ya no se sentía tan bien como antes el robar y matar.

Y como un reguero de pólvora, los comentarios por tantas derrotas llegaron hasta la casa del Coronel que retenía a Clara. Fue puesto en aviso, y solicitaron que se presentara de inmediato en el frente de batalla.

Dejó solo a los soldados en la puerta y se marchó, con él también iba Gabriel, ya que la batalla que definiría todo se llevaría a cabo en la plantación. Allí se encontraba el resto del ejército que quedaba, cerca de dos mil soldados.

Ante la partida del Coronel, la posibilidad de liberar a Clara, se volvió posible. Ahora solo había que sortear a los guardias.

Esa misma noche vestidas como prostitutas, Lucía, y la madre de Raúl, caminaron rumbo a la puerta. Con lentitud llegaron contoneando sus cuerpos, dando pasos lentos y riendo. Los guardias no dejaban de observarlas, jamás se les ocurrió pensar cómo habían llegado. Apurados quisieron tocarlas, pero ellas no se lo permitieron, preferían estar adentro para eso. Los guardias dejaron sus armas en la puerta y las invitaron a pasar. Luego de hablar por algunos minutos fue que Lucía, les propuso que se quitaran la ropa, mientras ella servía unas copas de vino.

Lo que ellos no intuían, era que la madre de Raúl, tenía preparado algo especial para mesclar con la bebida. Media hora más tarde, los guardias

estaban dormidos e incapaces de ponerse de pie.

Luego de atarlos, los sentaron en dos sillas, les vendaron los ojos y callaron sus bocas. Sin perder tiempo las dos mujeres comenzaron a recorrer la casa buscando a Clara, gritando su nombre en todos los espacios. Y aunque ella, no tenía fuerzas para responder, igual lograron hallarla en la última habitación. Allí envuelta entre las sombras, la hallaron sin reconocerla. La envolvieron y la sacaron de la casa, y mientras montan en los caballos, logran ver en sus ojos retenidos, la felicidad de reencontrarse con su pasado.

Horas más tarde, las tres mujeres entraron en la ciudad, llegaron escondidas en el silencio, y sin que nadie las viera. Ellas no sabían que Gabriel, se había marchado, porque si llegaba a encontrarlas, él no dudaría un segundo en devolver a Clara, a su calvario.

Lucía curó las heridas y limpió la cara de su hija, que de apoco volvía a ser la de antes. Aquel sufrimiento la había marcado para siempre, su cuerpo era la evidencia de todo lo sufrido, solo Raúl, podría sacarla de ese mundo en que se encontraba ahora.

El oficial y Gabriel, llagaron a la plantación. En ese lugar se había instalado el cuartel general, luego de las múltiples derrotas. Era un lugar estratégico, donde las tropas hoy, se reorganizaban para el contraataque final. La misión para el hombre, por llamarlo de alguna manera, que mantuvo presa a Clara, era la de ponerle fin a la resistencia a cualquier costo. Él era el indicado, su trayectoria de no conocer la piedad ante el enemigo, lo hacían el candidato ideal para llegar a la victoria en esta guerra.

Planificó estrategias que se alejaban de lo convencional y conocidas. Su cabeza giraba, envuelta con pensamientos muy distantes de lo que se podría considerar humano. Toda una gama de acertijos y trampas daban vuelta en su retorcida mente, con el único afán de saciar su sed de sangre.

Tenían poco tiempo, la noticia de que la resistencia estaba cerca lo llevó a usar cada soldado bajo su mando. Mandó a construir un canal alrededor de la mansión, la que luego de incontables disparos, se encontraba en ruinas. Las paredes que ayer albergaban lujo y esplendor, hoy se retorcían entre recuerdos y escombros.

En el canal mandó colocar afiladas estacas una al lado de la otra, así en todo el contorno que rodeaba la mansión. Luego hizo tapar todo con pequeños árboles, como si pertenecieran al lugar. De esta manera la resistencia quedaría desprotegida, y sin poder hacer nada, al alcance de las armas.

No muy lejos, la resistencia avanzaba recuperando uno tras otro cada poblado al que llegaba. En el comienzo su número apenas se limitaba a los cien hombres, pero luego de tantas batallas y tanta muerte, sin perder la fe, hoy su número sobrepasaba los mil. Quizás eran menos que el ejército que los esperaba más adelante, pero el afán de libertad no se podía contar.

Un año había pasado desde aquel día, cuando un puñado de niños y hombres dejaron todo atrás para enfrentar lo que no conocían. Todas las batallas ganadas no significaban nada, si la que aún tenían por delante se perdía. Ya no había vuelta, no existía un futuro si no lograban derrotar a este ejército de ambiciones.

Detuvieron su marcha a un kilómetro de distancia de la plantación, de ahora en adelante todo debía ser realizado con total seguridad, ya que no eran conscientes de la ventaja que tenían sus enemigos.

Al llegar la noche, toda la resistencia se reunió para decidir la hora del ataque. Alberto, demostró ser un líder, y es por eso que su voz era la que todos escuchaban esa noche. Mientras hablaba, pudo reconocer un rostro entre los otros. Era Loén, la negra vieja confidente de Lucía. Al verla quedó asombrado, no entendía cómo había sobrevivido. Dejó de hablar, para ir hasta ella y

escucharla. La negra le contó, que al llegar el ejército y tomar la mansión, un centenar de esclavos, su hijo y ella, se escondieron en un túnel existente bajo el piso de la cocina. El túnel solía ser usado por los esclavos para escapar en la noche, y este comunicaba la mansión con los límites de la plantación. Por suerte para ellos, los soldados jamás lo descubrieron, eso hubiera significado su fin. También le contó sobre el plan que tenían para tomarlos por sorpresa, la trampa preparada escondida entre los árboles.

Con esta información, era la resistencia la que ahora tenía la ventaja, un as escondido que podría hacerles ganar la guerra.

Fue por eso que Alberto, decidió usar el túnel como plan de sorpresa.

Cuando el sol salió, doscientos hombres esperaban en silencio la señal para salir por la cocina, y tomar al ejército por la espalda. Algunos armados con machetes, otros con un arma de un solo disparo y unos cuantos con sus manos. El resto de la resistencia, pasó horas fabricando una suerte de escalera, la que usarían para lanzar sobre el canal y poder cruzar.

Esperaron, jugaron la desesperación del ejército, que observaba como la resistencia aguardaba sin avanzar. El oficial comenzó a frustrarse al ver que su enemigo no lo atacaba, por eso ordenó abrir fuego a la distancia.

Es verdad, algunos hombres cayeron luego de la primera ráfaga de pólvora, pero los que lo hicieron, lo hacían convencidos de que la libertad era posible.

Escondidos en el rugir de las armas, todos los hombres del túnel salieron y se ubicaron al alcance de un brazo de cada soldado. Así comenzó su guerra, sin darse cuenta los cuerpos muertos de los soldados se fueron sumando. La ventaja duró apenas unos segundos, pero alcanzó para diezmar al ejército.

Como podían se defendían, la sangre y los gritos inundaron cada uno de los rincones de la mansión. La pólvora volaba entre fuego y agonía, las armas quemaban las manos, mientras las espadas hacían brotar chispas y se volvían rojas.

El resto de los hombres y niños cruzaron el canal de estacas, corrieron directo a la muerte, o a la vida. El ruido del plomo cruzando el viento no cesaba, el dolor de los moribundos en el suelo se volvía irreconocible.

La batalla duró tres horas, tres horas donde la muerte se dio un festín.

Todo se volvió turbio, el humo y la respiración taparon los rostros, no se conocía quien había ganado, es probable que nadie, porque la muerte, siempre tendría que ser la última alternativa.

Rato más tarde, los primeros rostros vivos comenzaron a moverse, la resistencia sobrevivió, la guerra había terminado.

Alberto, observó que Moté, había sobrevivido, pero algo no estaba bien. Moté,

no dejaba de mirar hacia adelante, porque parado frente a él, un rostro conocido lo miraba cubierto de odio. Aquel hombre le apuntaba con un arma, mientras Moté, solo lo miraba. ¡No lo hagas hermano, ya todo terminó Gabriel! ¡Sí!, Gabriel, también había sobrevivido, pero se negaba a vivir sin todo aquello que antes tuvo. Por eso martilló el revólver para darle muerte, a quien una vez fue su hermano. Su mano temblaba, la sangre corría por su cara, hasta que sin darse cuenta un extraño frío asomó por su pecho y calló arrodillado en el piso. Una espada atravesó su cuerpo por la espalda, la mujer que una vez lo ayudó a venir al mundo, hoy lo alejaba de él.

Loén, se sintió aferrada a Gabriel, desde que nació, y para ella quitarle la vida se sentía igual que la muerte.

La negra abrazó a Gabriel, que yacía en el frío, sus ojos habían abandonado el odio, su color era el antes.

Él la miró y le dijo. No estés triste Loén, porque si hay alguien que hubiera elegido para que me diera muerte, esa eres tú.

Te pido perdón por todo, también a Moté, ahora solo me resta pedirle perdón a mi madre. Eso fue todo, la guerra solo dejó heridas y dolor. Ahora el tiempo tendría la responsabilidad de dejar todo en el pasado.

¿Pero eso es todo? ¡No, no puede ser! Esta historia no puede terminar así. Quiero saber, ¿qué pasó con Clara, y Raúl? ¿Qué fue de la vida de Loén, Moté, y las demás personas?
¡No!, me niego a este final. Hay tantas cosas que quiero entender.

¡No puede ser!, ahora me acuerdo. Esteban, el hijo de puta se llevó la última hoja, por eso la historia no tiene final.

Lo voy a hacer, yo le voy a dar un final.

Epílogo

Luego de tanta guerra, era el momento de reconstruir lo destruido. La noticia de libertad corrió por cada pedazo de tierra, y por cada corazón. Llenas de alegría Lucía, Clara y Alicia, la madre de Raúl, emprendieron el regreso a la plantación, con ellas también viajaban un montón de negros que hasta ayer se consideraban esclavos.

Pero el viaje hasta su hogar tardaría una semana, y quizás el tiempo no era suficiente. Clara, no pudo recuperarse, todo el tiempo luego de su liberación no alcanzó, y el temor a que no llegara no pasaba desapercibido. No pudo recuperar su cuerpo, apenas algo de brillo en sus ojos. Ni siquiera las palabras de su madre, que le repetían que todo había terminado, lograban arrancarla de la prisión en su mente.

Raúl, pudo sortear la muerte, sin embargo, no dejó ni un segundo de pensar en volver a ver a Clara, aún sin saber todo lo que había sufrido. Mientras sepultan y dan paz a los muertos, Alberto, nota la preocupación de su hijo, y quiere de alguna manera hacerlo sentir mejor.

_¿Que sucede Raúl?

_Nada padre, solo estaba pensando en mi madre, y en Clara.

_No estés triste Raúl, ellas están bien.

_¿Cómo puedes saberlo padre?

_Porque no puedo, y no quiero pensar de otra manera.

_Es verdad padre, solo nos resta esperar.

Una semana después, una carreta asomó en los límites de la plantación, donde cada día una pared volvía a ser como antes. En ella los hombres con diferente color de piel, pero con una sola esperanza, unían sus manos para forjar un mismo destino.

Raúl, al ver la carreta dejó la hoz a un lado y corrió a su encuentro. Algo dentro de su pecho le decía, que en ella Clara, regresaba para estar juntos. Cuando la tuvo a la vista, pudo reconocer a Lucía, y también a su madre, pero Clara, no estaba. Observó detenidamente sus ojos, era evidente que algo había pasado. La tristeza en aquellos rostros, eran apenas disimulados por una frágil sonrisa por el reencuentro. Y Raúl, con temor a preguntar, trago sus palabras ante el miedo de escuchar lo peor. Se contuvo unos segundos, y luego se animó a preguntar. ¿Y Clara, dónde está ella?

Ninguna de las dos mujeres se animaba a contestarle, hasta que su madre le indicó con sus ojos, que Clara, estaba dentro de la carreta. Cuando Raúl, se asomó a la parte de atrás, pudo ver a una joven que no reconocía. La miró con sus recuerdos, y entonces sí pudo reconocerla. Con la voz entrecortada la llamó. Clara, mi amor, soy yo Raúl.

Clara levantó su mirada, pestañeando por el sol reconoció aquel rostro. Fue en ese momento, que se dio cuenta que su sufrimiento había terminado. Sus ojos se llenaron de luz, y así, como si jamás se hubieran separado, se lanzó a sus brazos. Se abrazaron como nunca antes, y se besaron hasta el cansancio. Ahora sí, estarían juntos para siempre, ya no existía nadie que pudiera separarlos.

Pasaron algunos años, y en la plantación el trigo de un lado y el maíz del otro, crecen sin ninguna restricción. Los hombres que alguna vez trabajaron en esta tierra como esclavos, hoy recogen su fruto como hombres libres. Ya no se planta algodón, él es solo un recuerdo entrelazado con el dolor.

Hoy cada hombre en la plantación, cosecha en su pedazo de tierra todo lo trabajado.

Lucía, se aseguró de ello, a cada hombre, su tierra.

Y entre el trigo y el maíz, una pequeña con cabello color de oro corre hasta la vieja hamaca, que sigue moviéndose con el viento como lo hizo siempre. Detrás de ella, su padre Raúl, intenta alcanzarla mientras Clara, su madre, la espera con los brazos abiertos.

Por eso, cuando hayas perdido toda esperanza y sientas que la vida te pone a prueba haciéndote el camino difícil, solo aférrate al amor.

La esclavitud, es un flagelo que cambió la vida de muchos, y que jamás necesitó existir.

Por eso, se me ocurrió llamar a esta historia, “El funeral de las cadenas”

_Hola Mamá.

_Hola Rosana, te vi escribiendo y no quise molestarte.

_¡Está bien!, ya terminé.

_¿Es tuya la historia Rosana?

_Casi Ma.

_Tenés que cuidarte hija.

_Estoy bien, no te preocupes.

_¡Es en serio!, en tu estado no es recomendable.

_¡Mamá no estoy enferma, solo embarazada!

_¿Ya pensaste en el nombre?

_¡Sí!, si es niña se llamará Loén.

_¿Cómo dijiste?

FIN

EL FUNERAL DE LAS CADENAS

ADHEMAR. M. ANTÚNEZ